

IVERNA CODINA

se

La enlutada



Lectulandia

La montaña es el signo y carácter de Mendoza. Rige su geografía, su economía, su gente. De la montaña viene el mal tiempo y el bueno, la fortuna o el desastre. Las grandes nevadas bloquean a puesteros y ganado, o arrasan poblados con temibles aludes. Pero la nieve es el agua indispensable de los ríos para el verano sediento de las viñas y plantaciones. En esa montaña imponente, arisca, inexpugnable casi, dispensadora de la vida y de la muerte, transita el hombre —o sobrevive— con su desolada pequeñez, con su miseria o su heroísmo. Son puesteros, arrieros, mineros, cuatreros, contrabandistas, fugitivos de un lado o de otro de la frontera. Toda esta gente dispersa en la inmensidad inhóspita de la montaña es protagonista en *La enlutada*, libro de cuentos que Iverna Codina, la vigorosa autora de la laureada novela *Detrás del grito*, ubica en la misma línea temática de su obra anterior, primer premio del Concurso Internacional de Novela de la Editorial Losada. La sabiduría, el coraje, la superstición, la injusticia o la justicia dispensada por la propia mano, la particular idiosincrasia del hombre que conoce la implacable crueldad y soledad de la montaña, son elementos que condicionan la conducta de los personajes de cada cuento. Son, además, gente de frontera, chilenos o argentinos que lo mismo pueden transgredir el límite geográfico que el delictivo. Los trece cuentos que componen el volumen, cuyo título *La enlutada* corresponde al primer cuento, incorporan a la narrativa argentina un ámbito geográfico y humano casi inédito.

Iverna Codina

La enlutada

ePub r1.0

diegoan 21.04.2026

Título original: *La enlutada*

Ivona Codina, 1966

Ilustración de cubierta: Leonardo Pedra

Editor digital: diegoan

ePub base r2.1



Índice de contenido

[La enlutada](#)

[La enlutada](#)

[Las chaquiras rojas](#)

[Los conejos blancos](#)

[El ánimo del socavón](#)

[El puesto de los perros negros](#)

[Veranada](#)

[La otra jugada](#)

[El encuentro](#)

[La profecía del manosanta](#)

[La cruz negra](#)

[La última cuenta](#)

[El «Futre»](#)

[Crónica inútil](#)

[Sobre la autora](#)

*A Jorge, mi hijo, por lo que será.
A Mendoza, por lo que fue.*

LA ENLUTADA

El cabo Villegas, detrás de un viejo escritorio, escribía lentamente como dibujando las letras. Su cuerpo rechoncho, apretado dentro del uniforme, daba una sensación de dominio entre prepotente e ignorante.

—¿Cómo te llamáis? —tuteó para sentar el peso de su autoridad.

—Francisca Cisnero —hipó la mujer, oculto, casi, el rostro bajo el manto negro.

—A ver, te acercáis para el reconocimiento —con esa palabreja creía satisfacer su instinto siempre alerta para la hembra, sin menoscabo de la investidura.

La mujer se acercó y levantó, apenas, el rostro.

—¿Que no sois la Chepa, vos? —indagó entre curioso y sorprendido.

—Sí señor...

—¿La mujer del Evaristo Ortubia?

—Si, señor... finado es el pobrecito, quién dijera... —y los sollozos le quebraron la voz.

Al pardear la tarde había llegado a ese último retén de carabineros el extraño cortejo. Venían de Blanco Curá, el pueblo más próximo a la frontera por el camino que empalma con la ruta cordillerana del paso de Los Barros. Eran tres jamelgos crinudos. En el primero un jinete aindiado llevaba del tiro al animal que transportaba el cajón, rústico pero sólido, pintado de negro, último cobijo de un difunto. Cerraba la marcha la mujer enteramente de negro, vestido y manto, tan amplio éste que alcanzaba a cubrir el anca de su esmirriada cabalgadura. Le habían dado el alto y la

Chepa estaba ahí para rogar que le dejaran cumplir con la última voluntad de su hombre.

—Siento mucho el atraso —dijo con voz de circunstancia el cabo— ¿y cómo es que fue la desgracia? —indagó, más por interesada curiosidad que por cumplido.

—El pobrecito Evaristo tomaba en una forma que no es pa creer —gimoteó la Chepa.

—Sí, vea, malo es entregarse tanto al trago. Dos años que lo hi conocido al Evaristo y ni un día fresco, mismo que si fuera verano.

—Sabía ir seguido a Lonquimayo por alguna contrata —rememoraba la mujer.

El cabo Villegas sabía muy bien que el único oficio del finado era beber. Y si tenía plata para el trago no era precisamente, producto del trabajo, sino de lo que los lugareños llamaban trueque: las ovejitas que traían por los pasos sin control desde Neuquén y el aguardiente que se llevaba de vuelta por los mismos pasos. Contrabando para la ley. Pero ellos no entendían por qué habían de pagar por la oveja que cruzaba una línea imaginaria que nadie conocía, ni se figuraban por dónde pasaba. La montaña era toda igual y la gente del Neuquén occidental tan pobre como ellos. Y si uno tenía ovejas y el otro aguardiente lo más razonable era cambiar una cosa por la otra como buenos vecinos. Pero la ley decía que no. Entonces aparecía alguien que pagaba bien para que las ovejas y las vacas de un lado y el aguardiente del otro, no pagaran en los respectivos cruces. Un enredo. El Evaristo Ortubia nunca pudo entender eso de que le pagaran para no pagar, de la aduana y del contrabando. Tampoco le interesó mucho. Mientras él tuviera unos pesos —aun a riesgo del pellejo— para el trago y para darse el gusto con la Chepa, no había para qué inquietarse.

—¿A Lonquimayo? —dudó el cabo Villegas—. ¿No será más bien que anduvo cerca del paso, por Pino Hachado y lo alcanzó alguna tostadera de balas?

—¡Nadita deso, cabo! —y asomó una chispita de indignación en los ojos apizarrados de la Francisca Cisnero. Al hombre le cosquilleó algo por dentro. Era linda la Chepa, pelo claro, blanqueadita de cara. De siempre había codiciado sus ancas

elásticas, sus pechos altos. Pero ella era mujer de un solo hombre y el Evaristo sabía tenerla contenta y hacerla respetar.

—¿Y qué le vino pasando, entonces?

—De Lonquimayo se regresaba tarde la noche, dicen que con trago. Con mucho trago ha de haber sólo pa que ni su caballo, tan conocedor, lo sostuviera. Y quedó botao en el camino al hielo de la noche. Finao lo encontraron... vea usted tieso con la helada. ¡Qué triste fin señor! —y le acometieron de nuevo los sollozos.

En la mente tarda del cabo se movían confusas ideas, pero una se iba perfilando con claridad. La que le venía de la sangre, de ese cosquilleo que lo hacía vibrar con un deseo bajo y elemental de embestir a la hembra y tumbarla. Un carabinero entró para recibir órdenes.

—¿Hacemos la inspección, mi cabo?, van para Los Barros.

Arreciaron los sollozos de la Chepa acompañados con una lamentosa letanía:

—¡Qué triste fin, por diosito... tanta vida como tenía por delante... conmigo quería regresar a la Argentina... y vea, señor, finado lo tengo que llevar. Que lo enterraran en su tierra siempre decía, pobrecito... y tengo que cumplir su última voluntad!

Ante tan palmaria tribulación el cabo se sintió eximido de aplicar las tramitaciones de rigor. Pero no así de intentar satisfacer sus crecientes deseos de mujer.

—¿Que no está viendo la aflicción de la señora? Mejor le procura que pase la noche en el retén y salga de madrugada.

—A la orden, mi cabo —y salió el carabinero para hallar acomodo al muerto y al vivo que estaban afuera azotados por el viento. A la viuda se lo daría el cabo y «bien luego, no se le escapa ni una al gallo éste, menos la enlutada que viene a caerle mansita en las manos... y con lo que la codicea».

La Francisca Cisnero con el trato de señora que le acababan de adjudicar, se sintió más segura y entre suspiros y modosas miradas agradecía:

—Gracias, señor... el finadito se lo ha de agradecer desde donde esté. Pero al tiro nos himos de ir. Pa tres días ya que finó... Usted comprende... Ay, eso sí, señor, si usted nos pusiera compañía hasta el paso por cualquier sucedencia...

Ahí se le cambiaron los naipes al cabo. Frunció el entrecejo y se rascó la cabeza.

—Así más luego llegamos... y al tiro me regreso de Loncopué... entonces... —y una mirada tierna de la Chepa le ahorró mayor esfuerzo mental al cabo.

Se le hizo la luz. De vuelta, sola, sin la presencia del muerto que si a él no le molestaba, era razonable que la mujer tuviera sus escrúpulos. Y ella de pie, hipando suavemente en medio del cuarto destartado, era la imagen viva de la desolación, pero con un algo de entereza que desarmaba la agresividad del instinto y acudía, más bien, a la protección del macho. El cabo Villegas lo sintió así porque se levantó para dar contraorden.

Al poco rato, el extraño cortejo enrumbaba hacia la frontera con un cuarto jinete que abría la marcha: un carabinero. El cabo lo vio partir con una expresión de golosa satisfacción en su cara anchota. Tan contento estaba que se olvidó de darle un puntapié al perro hético que ladraba sin pausa desde el arribo de los jinetes.

Esa noche unos buenos tragos —a los cuales era casi tan asiduo como el finado Ortubia— reforzaron la alegría y los deseos del hombre hasta teñir su sueño de procaces imágenes de la Chepa.

A la mañana siguiente un parte de Temuco vino a desbaratarle sus planes y sus lúbricas ensoñaciones. Lo designaban para reforzar una batida que se daría por los pasos del sur —en Cautín— donde parece que los contrabandistas hacían su agosto dado el escaso control —y lo más grave— «el escaso espíritu de sacrificio y disciplina que demostraba el personal destacado en la zona».

—Me tinca que se están moviendo los políticos —comentó el cabo Villegas— no es otra cosa, quieren hacer méritos desde sus oficinas calentitas, mientras nosotros nos pelamos el traste por unas chirolas y a riesgo del pellejo y encima que no hay «espíritu de sacrificio» ¡por la cresta y qué será esta mugre de vida que hacemos!

Y la indignación del cabo iba subiendo de tono hasta explotar en una orden perentoria:

—¡A ver, cabo segundo usted asume el mando, y vos Quispe ensillá, arrancamos al tiro!

Salieron con un viento bravo que azotaba sin tregua los breñales.

—El puelche anuncia tormenta —comentó el cabo refiriéndose al viento— le pegamos duro y a la noche estamos en Temuco, hay que recibir instrucciones.

Los caballitos serranos asentaron el paso y tomaron su tranco legüero.

La indignación del cabo Villegas se había renovado cuando al partir cerca de mediodía, vio llegar al carabinero que había escoltado a la Francisca con su difunto.

—Todo en orden, mi cabo, y un saludo agradecido de doña Chepa —le había dicho con un tonito cómplice.

Y ahora esa maldita comisión lo alejaba quién sabe por cuanto tiempo de la mujer codiciada y entregada, casi. Pero él sabría buscarla y la tendría. Ésa sí era una real hembra que nunca mereció el finado Ortubia.

Después de varias horas de marcha los alcanzó el temporal. El viento los castigaba con furiosos remolinos de cellisca y los animales tuvieron que aflojar el tranco.

—Cerca de Cunco debimos andar ya —gritó para hacerse oír el Quispe con la secreta esperanza de tentar a su jefe para un descanso.

Ya habían agotado los chifles de aguardiente, arreciaba el frío y no era cosa de aguantar el último tramo —donde les caería la noche— sin el estimulante de un buen trago. El cabo Villegas se había hecho la misma composición de lugar porque anunció:

—En Cunco hacemos parada pa dar respiro a las bestias y comer caliente.

La noche había cerrado muy temprano cuando entraron en la población de Cunco. Por la calleja embarrada bajo los fuertes trallazos de la lluvia aceleraron la marcha de los animales hasta parar frente al Cóndor de Plata, pomposo nombre que encubría una mezcla sórdida de fonda, *cabaret* y prostíbulo. Allí se podían abastecer, al paso, las apetencias del estómago, del sexo y también, proporcionar «solaz al espíritu» según rezaba un cartelino para anunciar el baile con «niñas de salón». Adelante estaba la fonda saturada de olores a frituras rancias.

Con un plato de porotos y un caldillo picante que hubo que apagar con generosos vasos de vino, el cabo y su asistente saciaron su hambre de horas. Recién entonces, prestaron atención a la bulla que se escapaba a través de una mugrienta cortina de flecos. Era la bulla caliente del baile con la música que trizaban las risas excitadas de las mujeres. El mozo que atendía las mesas —con un trapo de color dudoso echado sobre el hombro que tan pronto le servía para espantar las moscas como para secar los vasos— se les acercó solícito:

—¿No gustan pasar los caballeros pa servirse un trago con las niñas?... ¡Hay unas cabras rebuenas, señor sargento!

Con el ascenso que acababa de hacerle el mozo, el vino que ya le comenzaba a reír por las venas y el recuerdo de la Francisca Cisnero, el cabo Villegas olvidó por completo el «espíritu de sacrificio» y la llamada al orden que contenía la nota de la superioridad, objeto de ese viaje. Abrió la mugrosa cortina y un vaho caliente a hembra y alcohol lo envolvió. Dos mujeres se le acercaron de inmediato. El uniforme con jinetas prometía, casi siempre, gastos más dispenciosos.

—Harto que no lo veía, cabo, acomódese por aquí, horita le sirven lo que guste.

Y la mujer más decidida lo atrapó, la otra se hizo cargo de Quispe.

Comenzó a correr el trago. La pelo oxigenado era la más apetecible de las «niñas». Entradita en carnes y en años —la Rubia como le decían— mostraba sus redondeces con impudicia ofertadora. Ganaba, así, clientes con la mínima inversión de tiempo. Para el cabo Villegas como para muchos hombres condenados al aislamiento y soledad de la montaña, no existía el amor. Existía el sexo, postergado, que sabía tomarse sus revanchas. Para eso estaban esas mujeres. Y el vino.

En medio del salón un arriero borracho le arrancaba a tirones el vestido a una de las «niñas» que chillaba y manoteaba protegiéndose. La dueña se acercó con su imponente volumen y metió en vereda al insolente:

—Esta es una casa respetable. ¡Qué se habrá figurado este roto atrevido! Esas cosas no se hacen delante de la gente.

Cuando la Rubia estaba a punto de arrancar a su hombre antes que gastara los pocos pesos que llevaba, se armó el alboroto grande en la otra punta del salón. Un borracho vociferaba y golpeaba ciego a su alrededor. Caían botellas, se estrellaban copas, chillaban las mujeres, reían y azuzaban los hombres.

—Ese baboso está pidiendo su parte —comentó el cabo.

—No gastís pólvora en chimango —le contestó la Rubia, temerosa de perder al cliente si entraba en la bolina.

Pero el cabo recuperó de pronto «el espíritu de sacrificio» y se levantó dispuesto a imponer la autoridad que representaba. Abriéndose paso entre la barrera de curiosos pudo llegar hasta el causante de la batahola. El borracho daba golpes sobre la mesa y a falta de contrincante, volteaba copas, botellas y sillas porque la mujer —destinataria de su iracundia— se había puesto a buen recaudo y clamaba auxilio. El hombre enfurecido golpeaba a ciegas, bamboleante. No se golpeaba él mismo porque la borrachera le quitaba la ocurrencia. Por último exhausto cayó de bruces sobre la mesa y quedó jadeando. El cabo trató de incorporarlo. Pero al verle la cara quedó espantado:

—¿Qué no sois el muerto, vos?!

—Si, señor... el mismo. El finao Evaristo Ortubia... ¡pa servirlo!

La primera impresión del cabo se transformó al instante en una violenta e incontrolable indignación: en sus propias narices le habían pasado el contrabando en el cajón de muerto. ¡Y la Chepa misma —grandísima perra— le había hecho poner escolta para cruzar sin riesgo! Pero de él no se iban a reír así nomás.

—¡Horita vas a ser finao de endeveras, hijoemilputa! —y le descerrajó dos balazos en la cabeza, que con el sueño instantáneo de los borrachos, reposaba plácida sobre la mesa.

LAS CHAQUIRAS ROJAS

La cara de la vieja, cosida de arrugas, como una pasa, tenía el mismo color de sus guñapos que alguna vez fueron negros. Acoquinada en un rincón del banco duro, confundida piel y trapos en un solo bulto mugroso, se quedaba, ahí, horas, inmóvil y silenciosa. De madrugada —apenas rayaba el sol— la fueron a buscar a su rancho. Prendía unas chamizas para el primer mate cuando el ladrido desgano del cuzco le anunció gente. Y así como estaba tuvo que salir, sin matear ni tirarle un maicito a las cuatro gallinitas, sin atar, siquiera, la puerta del rancho. El cuzco negro y flaco —casi desteñido de viejo— la siguió. Y ahí estaba a sus pies —un bulto terroso— el hocico entre las patas, perceptible solamente por los tiritones que a ratos lo sacudían.

Cada mañana —y ésa era la tercera— el cabo le preguntaba lo mismo. Y la vieja había respondido también lo mismo, ni una palabra más.

—¿Qué sabe de la Casilda?

—No la he visto.

—Piense, doña Sista, haga memoria.

Y ahí la dejaban las horas muertas, olvidada como un bulto. Bien pasado el mediodía la despachaban a su rancho, para traerla al siguiente de madrugada. El cabo se había propuesto apremiar a la vieja para soltarle la lengua. Pero ella callaba con una impasibilidad endurecida por los años y por la miseria, tan vieja como ella misma.

El cuzco alertó las orejas y amagó un gruñido cuando el milico se acercó:

—Doña Sista, que pase, dice el cabo. Por aquí...

Como si hubiera despertado al tiempo, la vieja se movilizó y a pasos queditos —seguida por el cuzco— entró al despacho.

El cabo, después de un largo garabatear papeles, ignorándola, le tiró la pregunta sin levantar la cabeza.

—¿Qué sabe de la Casilda?

—No la he visto.

—¿Cuándo la vio la última vez? —y ahora el cabo la miró fijo tratando de encontrar sus ojos en el enredijo de sus arrugas.

—No me acuerdo.

—Está bien, doña Sista. Tengo tiempo, voy a esperar. Aquí, nomás, se queda hasta que se acuerde. Puede sentarse. Salgo a comer. Y mejor haga memoria porque va a ser largazo el día sin matear.

La vieja amontonó de nuevo sus harapos y su vejez en un rincón. Su mano sarmentosa, quizá tembló un instante cuando se la pasó por los ojos como si quisiera arrancarse una telaraña. Luego se arrebujo en el manto astroso y se perdió en el tiempo.

La Casilda había llegado una mañana hasta su rancho, como llegaba mucha gente ignorante o desesperada, a escondidas o abiertamente, para buscar alivio a los males del cuerpo o del alma en las manos de la curandera. Nadie sabía de dónde vino ni cuándo. Estuvo ahí siempre como el paisaje. Con la misma vejez inmutable de los cerros. Ella y su rancho.

—Es bruja, se entiende con los animales.

—Prepara gualichos para los hombres.

—Para quebrar el empacho, no hay como doña Sista.

—Conoce los *anuncios* y las *señales*.

—No hay como la curandera para cortar el *mal de ojo* y el *daño*.

—También es capaz de *ojiar* y de *rociar* una casa, entonces, trae desgracias sin cuenta.

—Saca de apuro a las niñas con «encargo».

—Cura el pasmo de sangre y quita el dolor de muelas de palabra.

—Sabe leer el destino en el vuelo de los jotes, en la luna y en el color de los ocasos.

Todo eso repetía la gente y mucho más. Pero lo cierto era que la vieja nunca hizo mal a nadie. Prodigaba la magia ingenua y

caritativa de sus yuyos. De los antiquísimos conocimientos medicinales de pócimas y ungüentos —también de adivinaciones y supercherías— que resumía su raza araucana en la memoria del hombre o la mujer más vieja de la tribu. Ella, doña Sista Quitral era el último eslabón de una tribu mapuche que la miseria dispersó a los cuatro vientos desde el rincón nativo de Icalma. Algunos cruzaron la frontera hacia el lado argentino. Y por el Neuquén arriba se los fue tragando el hambre o la montaña. Ella quedó ahí —detenida en el tiempo— en ese villorrio, también detenido, de Buta Ranquil, en Neuquén norte. Hasta que la Casilda llegó a su rancho esa mañana, sucia de viento, y se quedó parada, la cabeza gacha, como perro humillado.

—¿Qué te anda pasando?

La muchacha seguía muda, sin palabras.

—Mal de amores, decí —urgió la vieja.

Entonces la Casilda se estremeció en un sollozo y el llanto le corrió por la cara dejando un surco terroso que se ramificaba en torno de su boca.

Doña Sista había vivido demasiado. Y la historia era siempre la misma.

—¿De quién es?

—Del Mingo.

—¿Del Domingo, el hijo de la Juana Guzmán?

Asintió la muchacha entre hipíos de llanto atragantado.

—Decile que venga.

—No quiere.

—Decile que venga.

La Casilda se fue tragándose el dolor, la vergüenza y el miedo porque sabía que el Domingo no iba a ir.

Pero la vieja curandera —la *machi* en su tribu de Icalma— tuvo una revelación. Y una chispa de esperanza, de alucinada esperanza, se prendió en las cenizas de su tiempo muerto. Ella podía salvar a la muchacha de su vergüenza. Pero no lo iba ni a intentar, siquiera. El hijo de la Casilda tenía que nacer porque su padre, el Domingo Guzmán, tenía sangre mapuche. Y había que salvar la sangre. Salvar la raza. Y quién si no ella, la *machi*, podía hacerlo. Debía hacerlo. Criaría a la guaga que sería niña —estaba segura— para

entregarle todos los secretos de su raza y de su ciencia. Entonces podría morir y su dios Nguenechén, la esperaría en el cielo.

Desde ese momento la mente alucinada de la vieja se quebró en mil pedazos. Y como un espejo roto, en sus fragmentos se entremezclaban felices imágenes del pasado con visiones del futuro. Ella fue la primera mujer del cacique Neculmán —cóndor veloz—. Y su dignidad estaba señalada por las tres vueltas de chaquiras rojas que su señor le puso en el cuello el día que nació su primer hijo. Las chaquiras rojas —el collar de tres vueltas de cuentas rojas— era lo único que había salvado de la voracidad del tiempo y de la miseria. Era su tesoro, el signo de su jerarquía, el atributo de una autoridad que iba muriendo con ella. La misma mañana que llegó y se fue con su llanto la Casilda, la vieja *machi* buscó la caja de tosca talla en madera donde guardaba su tesoro. Y se colgó al cuello las chaquiras rojas. Sus dedos temblorosos acariciaron una a una las suaves y antiquísimas cuentas de aljófar. Ella también fue muchacha en una fecha sin memoria. Su cara era de suave greda caliente y tersa cuando Neculmán se abrazaba hambriento a su cuerpo joven, duro y fértil. Pronto esas chaquiras rojas volverían a sentir la tibieza de una piel joven. Porque ella criaría a la hija de la Casilda para que heredara su ciencia y su dignidad con el atributo sagrado.

El cuzco volvió a gruñir. Pasos que se acercaban, voces, pero nadie se dirigió a la vieja. Más de mediodía sin un mate siquiera. Aunque doña Sista hacía años que había olvidado el hambre a fuerza de sobrellevarla. Menos la podía sentir ahora que el golpe le había quitado casi la luz del entendimiento. Volvió a manotear la telaraña de sus ojos. Y vio a la Casilda otra vez llorando en la puerta de su rancho.

—Me ha botao el Mingo, se fue, con un arreo para la cordillera, no va a volver... me ha botao.

—No te importa.

—Alívieme, doña Sista, no puedo tenerlo... el papá me mata —y se ponía sollozando, la mano sobre la incipiente curva de su vientre.

—¡Tenís que tenerlo, ti hi dicho!

—No puedo... no puedo, el papá me mata —gemían los dieciséis años de la Casilda.

—Tenís que tenerlo. Ha pasao mucho tiempo ya... pa tres meses.

En una pausa caliente de desesperación estrangulada por el llanto, la muchacha movía la cabeza negativamente.

—Vas a morir si no, tenís que tenerlo ti hi dicho. Vení sentate.

La consoló, le dio una infusión de corontilla para calmarla. Le mostró las chaquiras rojas, se las puso por un momento en el cuello a la muchacha, le contó sus planes futuros.

—Son pa la niña... te trairá suerte. Yo la voy a criar pa que lleve las chaquiras. No tengáis pena, te voy a cuidar, nadie te hará daño.

Se fue la Casilda encogida y silenciosa, pero con una determinación metida en la frente.

Esa noche, sentada junto al brasero la vieja *machi* echaba hojas de lauén y de ruda sobre las brasas. Un humo blanco se desprendía en suaves volutas. Luego echaba pedacitos de ají que ardían con un chisporroteo alegre. Y después, pelos negros del perro que despedían humo negro y olor nauseabundo. Con un largo tizón movía cuidadosamente las brasas, mientras, con la otra mano acariciaba las chaquiras rojas que pendían de su cuello. En el humo quería leer el destino de esa niña por nacer que iba a prolongar su vida, que era lo mismo que prolongar los secretos, las leyendas y la ciencia de su raza. Sin embargo el humo le negaba el mensaje, le negaba la visión feliz. Ella se manoteaba los ojos, esa telaraña... Pero no, el humo de pelo de perro negro, decía otra cosa. Tendría que esperar las *señales*. Le había dicho a la Casilda que volviera al día siguiente, todos los días quería verla. Pero la muchacha no volvió más. Pasaron muchos días. La luna grande se fue gastando. Era una uñita en la madrugada cuando el milico la fue a buscar al rancho la primera mañana.

El perro gruñó otra vez entre tiritones. Ahora era el milico que le ordenaba:

—Que se vaya, doña Sista, dice el cabo.

Afuera sobre el azul frío de junio, los jotes trazaban extraños signos negros.

—*Las señales* —murmuró la vieja.

Y más encogida y arrugada se encaminó a su rancho. El viento le sacudía las haldas del rebozo. Toda ella parecía un jote enorme, viejo y desgredado, sacudiendo las alas en la impotencia del vuelo.

De lejos vio el rancho cerrado de la Casilda y ya no tuvo ninguna duda.

—Nguenechén no quiere —se resignó la vieja *machi*.

Y se perdió en la tarde ventosa con ese semivuelo de pajarraco moribundo.

Sentada estaba frente al brasero indagando el destino en el humo blanco de las hojas de lauén, cuando el cuzco ladró en la puerta. Se asomó. Ella sabía que la hora estaba cercana y nada le sorprendía.

—Me manda el cabo, doña Sista. Que haga una inspección, dice. Yo no sé...

El milico —un muchacho apenas— se explicaba confuso porque la vieja curandera le imponía un respeto temeroso. ¡Si él podía ser su biznieto o tataranieto, Vaya a saber!

—Dentrá, hacé lo que tengai que hacer.

El milico entró cohibido. En la atmósfera caldeada de malos olores y humo, los miserables enseres del rancho eran indescifrables bajo la capa sarnosa de mugre y hollín. El milico miraba, revolvía trastos con cautela.

—¿Qué buscai?

—No sé... me ha ordenado el cabo que busque pruebas.

—De qué, pues.

—Pasa que... vea doña Sista, yo no quiero molestarla, son órdenes, sabe, pasa que... —vacilaba el muchacho.

—Ya lo sé, hablá.

—Que el padre de la Casilda la acusa a usted de haber tocado a la muchacha. Y no se sabe, capaz muere... estaba en estado. Y el cabo dice que por «ejercicio ilegal de la medicina», la pena es la cárcel. Y como usted doña, se ocupa de estas cosas... quiere pruebas.

El milico daba vueltas sin sospechar, siquiera, cuáles podían ser esas pruebas. Descolgó de la pared de quinchas el cultrún —el viejo tambor indio—, sólo por hacer algo.

—Una zalagarda de años que naide le pone la mano encima —murmuró la vieja.

—¿Cómo dice? —preguntó el milico, mirándola.

—Nada, vos no entendís.

De pronto, sobre el cajón que oficiaba de mesa junto al camastro, vio la caja y la tomó para abrirla.

—¡No, no ataquís eso! —le ordenó la curandera.

El milico sin soltar la caja quedó un momento dudando entre el temor supersticioso que le inspiraba la vieja y la orden perentoria que le transmitiera el cabo: «me traís pruebas porque a esa bruja abortera la pongo un buen tiempo a la sombra».

—¡Pasá!

Y Doña Sista le arrancó de las manos la caja. La abrió y sus dedos sarmentosos estrujaron trémulos las chaquiras rojas que rápidamente se colgó en el cuello sobre el manto mugroso.

—Ya veís lo que hay en el rancho. Podís llevarte todo menos esto —y estrujaba las chaquiras— y eso —señaló el cultrún— que pa nada te van a servir.

—Disculpe, doña Sista, no quiero molestarla. Le voy a informar al cabo que no hay pruebas... disculpe —y salió ansioso el milico a respirar el aire frío y limpio de la tarde.

La vieja salió, también. Por largo rato se quedó bajo el alero pajizo de cara al poniente. Oteaba con terror tembloroso el cielo del ocaso, rojo de fuego, rojo de sangre. Y el vuelo tardío de los jotes. Las *señales*. Cuando el ciclo se tornó gris y comenzó a guiñar el ojo tímido del lucero, la vieja *machi* entró al rancho y comenzó los preparativos para el largo viaje.

La noticia corrió por el villorio con detalles extraños que la imaginación de la gente agregaba a modo de juicio o de condenación.

—Sabe, comadre, qué desgracia, finó la Casilda. En el hospital de Zapala dicen que fue.

—Ni médico que pudiera salvarla después del daño de la curandera.

—Esa vieja bruja la ha matado.

—Le engualichó al Domingo para que luego la botara.

—Tenía que acabar así la finada, sin madre, a mercé del primer hombre que la codiciara.

—Pobre finadita, dicen que se fue en sangre.

—Castigo de Dios, era muy niña para andar con hombres.

Con la muerte de la muchacha, la denuncia que había hecho el padre pocos días antes, tomaba muy distinto carácter. Y el cabo resolvió que la mejor forma de eludir responsabilidades y satisfacer, a la vez, la indignada desesperación del padre, era detener a la vieja y enviarla a Zapala. Allí sustanciarían el proceso por «ejercicio ilegal de la medicina». A nadie se le ocurrió pensar que fuera otra la mano irresponsable y delictiva. Eso sólo lo sabía la Casilda y ella ya no podía hablar.

Dada la importancia del asunto, el mismo cabo, acompañado por el milico que hiciera la inspección, salió en busca de la curandera.

Cuando llegaron al rancho el cuzco negro, desteñido de viejo, salió a recibirlos sin ladrar, con una humildad que le chorreaba por las orejas.

Nadie más asomó al requerimiento del cabo. Empujó entonces la puerta entreabierta y entró. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra y el olfato resistió la primera oleada de vaho humoso y nauseabundo, comprendió que había llegado tarde.

Un candil sórdido lengüeteaba sombras en aquel pozo de miseria siniestra. En el fogón de piedra humeaba todavía la challa —la olla araucana— quién sabe con qué extraño y hediondo cocimiento. Abriéndose camino entre la espesura del asco, el cabo se acercó. A la llama humosa del candil el cadáver de la vieja, afilaba su osamenta, envejecido en pergamino de momia. Una mano seca y negra se apoyaba en el cultrún. Sus dedos engarabitados, seguramente golpearon el viejo parche para espantar los espíritus malignos, en el último *machitún*, el de su propia muerte. La otra mano crispada sobre su pecho, protegía las chaquiras rojas del collar de tres vueltas con el que iba a presentarse a su dios, Nguenechén.

Salió el cabo seguido del milico y se alejaron mudos.

El cuzco negro levantó el hocico y aulló lastimero. El único llanto por la vieja *machi*.

Y en la mañana azul los jotes seguían trazando extraños signos negros.

LOS CONEJOS BLANCOS

La muchacha caminaba con paso lento, felino, en la hondura sensual de la siesta. Atrás quedaba el escuálido caserío del campamento bajo un sol derretido que retorció los matorrales agonizantes de sed. Repechó la cuesta desnuda, dobló un recodo y desapareció en la boca negra del socavón. La sombra fresca le acarició el cuerpo traspirado. Se quitó el pañuelo de la cabeza, respiró hondo el olor húmedo y permaneció un instante inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Y avanzó aleteándole una ansiedad gozosa en la cara morena.

Mucho tiempo estuvo esa mina abandonada, pero ahora último se intentó reanudar el trabajo abriendo un nuevo pique tras una sospechada veta de mineral.

Avanzaba decidida la muchacha conocedora de cada anfractuosidad de la galería que por tanto tiempo le gustó curiosear, hasta el día aquel que de pura casualidad el Manuel...

De pronto una sombra blanca zigzagueante se le cruzó entre los pies.

—¡Qué aturdido el bicho! —exclamó la Martina dejando paso a un conejo blanquísimo. Se detuvo a la espera de algún rumor y luego llamó en voz baja:

—¡Manuel...! ¡Manuel!

Avanzó despacio. Era extraño que aún no hubiese llegado. Los domingos disponían de más tiempo y a veces, él le gastaba alguna broma, como la vez pasada, que se escondió en el pique nuevo sólo para oírla suspirar esperándolo.

—Otro y otro... ¡pero qué les pasa a estos bichos! Ya son plaga...

Varios conejos blancos, enteramente blancos, huían a saltos bamboleantes hacia la bocamina.

La oscuridad se hacía más densa, apenas percibía los contornos sinuosos de la galería. Lanzó un silbido imitando el que Manuel usaba para señalarle su presencia en el socavón, pero no obtuvo respuesta. Se inquietó. De pronto el silencio de la mina le pareció poblado de fantasmas. Y todas las supersticiosas creencias de los mineros se le vinieron a la memoria: «El Malo cuida las minas abandonadas... las mujeres no pueden entrar en los socavones porque traen desgracia... el ánima de los difuntos se venga de las mujeres que...».

Preso del miedo, avanzó muy despacio, dilatadas las pupilas inútilmente, frente a la negra cavidad del túnel, como si la tragedia ya la hubiera enredado en su oscuro designio. Le comenzaron a zumbar los oídos, la invadía una extraña opresión cuando tropezó con esa masa blanca y cayó con un alarido de espanto.

¡Un fantasma!... ¡Un hombre, no! ¡Era él...!

—¡Manuel, Manuel! ¿Qué te pasa?

—¡Pronto... hay gas... salgamos... no puedo... salí vos avisá... pronto!

¡Gas! Emanaciones del maldito gas. Por eso huían los conejos. Los conejos blancos que los mineros criaban en los socavones, justamente para denunciar el gas.

¡Cómo no lo había comprendido antes! Tenía que salir rápido, dar aviso. Se incorporó aturdida. Pero de pronto comprendió que no podía pedir auxilio sin descubrirse, sin exponerse al castigo y a la vergüenza. Entonces trató de arrastrar al hombre.

—Vamos, Manuel, levántate, te ayudo —y se esforzó por incorporarlo hasta sostenerlo sobre sus espaldas.

Apenas conseguía desplazarlo a pasos lentísimos. Cada vez el cuerpo del hombre pesaba más y sus pulmones reventaban por el esfuerzo con el aire enrarecido.

Hasta que tropezó en un desnivel y se le escapó la pesada carga. Se sintió ligera, liberada y el ansia desesperante de sus pulmones la hizo avanzar sin el menor intento de rescatar al caído. Caminó bamboleante, atraída como una ciega mariposa por la claridad del sol que estallaba afuera. Y cuando sus pulmones aspiraban rabiosos

el aire limpio, en el lienzo de luz de la bocamina se recortó la silueta de un hombre a caballo.

—¡Jacinto! —gritó, casi, como si realmente se enfrentara con un fantasma.

—¡Qué hacés aquí, Martina!

—Vine porque...

—¡Con quién estás... habla!

—Con... con nadie... hay gas... los conejos, mirá —y la mirada terrible del hombre, perforándola, le cortó la imposible explicación.

Entonces el Jacinto —su marido— desmontó del caballo, la tomó bruscamente por los hombros y le dijo despacio como si le escupiera las palabras:

—Sentate y descansá mientras vamos a ver cómo salen los conejos de su madriguera... si pueden.

Se sentaron los dos. Los ojos desorbitados de ella y su respiración acezante denunciaban el espantoso conflicto que la sacudía: dejar morir al hombre en la mina o confesar una culpa que el marido castigaría con brutal ensañamiento, como la castigaba cuando bebía, sin motivo, o simplemente porque ella era joven y lo odió desde que su padre, moribundo, se la entregara al compadre Jacinto para que la hiciese mujer.

Un hermoso conejo blanco salió de la bocamina y por un instante se quedó quieto como asombrado de la luz y el aire que aún le pertenecían, y luego se perdió entre el quiscal. La Martina lo miraba estrujándose las manos, mientras un grito desesperado le iba subiendo por la garganta. Cada segundo que pasaba podía ser el último para ese hombre, el único que le había acercado una palabra de ternura y cuya vida dependía, en ese instante, exclusivamente de su coraje. Coraje. Manuel le había dicho: hay que tener coraje para vivir y arrancarle a la vida lo que nos debe. A ella le debía esa hilacha de esperanza, de primitiva alegría, siquiera, que le daba Manuel, a escondidas en la sombra cómplice del socavón abandonado. Entonces el grito le reventó furioso entre los labios:

—¡Es Manuel, Manuel...! ¡Se muere, está sin sentido ya... sacalo, sacalo!

—¡Perra! Esto lo venía oliendo. Y cuando de paso para la villa vi el desbande de los conejos comprendí que había gas. Pero de pronto se me figuró que el más grande iba a quedar en la trampa.

Se volvió furioso para descargar su puño sobre la muchacha.

La Martina recibió el primer golpe y apenas alcanzó a intentar la huida cuando un segundo golpe en la cabeza la derrumbó casi inconsciente. Tuvo la vaga sensación de que era arrastrada y luego, todo se diluyó en una sombra total y fría.

Socavón adentro el Manuel se debatía con una noche densa de alquitrán que se le iba entrando por los ojos y le aplastaba los pulmones. Cerraba los ojos horrorizado y los abría en otro lugar del tiempo. Pero seguía allí, tirado, desgonzado. Quería gritar, urgir el auxilio y le faltaban los labios, la lengua, la gota de saliva con qué fundir la necesaria palabra. Distinguió una leve forma blanca y tendió una mano hecha garfio esperanzado. El conejo no tuvo fuerzas para eludir el manotón y con su último estremecimiento se aflojó la mano del hombre para no moverse nunca más.

Afuera el canto de un gallo marcó una hora perdida en el sopor de la siesta.

Y allá lejos, por la huella ardida de resolana, una nube de polvo seguía el galope de un jinete solitario.

EL ÁNIMA DEL SOCAVÓN

Dicen que en la mina vieja, a la salida del pueblo, penan ánimas. Que de noche se oyen lamentos... que hace muchos años, cuando se trabajaba la mina, una mujer trajo la desgracia porque entró al socavón porfiando por el amor de un barretero.

—Dicen, puros decires. Y vos, ¿creís en las ánimas?

—Yo no creo. Pero que las hay, las hay.

Eso habían comentado la otra noche en rueda de boliche el Rosendo Guzmán con el Feliciano Ponce, su compadre. Y él —Rosendo Guzmán— se le había reído en la cara. Se reía ahora mientras bajaba de su rancho a matar la tarde del domingo, recordando que la Elvira —aunque mujer del gendarme Páez— era muy querendona y allí, justamente en el socavón de la mina vieja, él le había conocido sus ternuras y habilidades. De esto hacía varios meses, porque la Elvira no sabía ser mujer de un solo amor. Sin saber por qué, o como queriéndose arrimar un poco más al calor del recuerdo, el Rosendo rumbeó por la orilla del arroyo que pasaba frente al socavón. Distraído iba hilvanando un silbidito que le manoteaba el viento, cuando una pollera roja lo provocó desde la barranca.

—¡Bien haiga mi suerte, si es la Elvira y me hace señas!

Se tiró, casi, del caballo para seguir a la mujer que trepaba la cuesta hacia el socavón. La alcanzó justo a la entrada de la mina. Una sonrisa le jugueteaba extraña en la boca provocativa y como una luz fría le chispeaba en los ojos apizarrados. Se enfrentaron sin palabras, sin moverse, por un instante que pareció larguísimo. Por fin, el Rosendo avanzó decidido y ella se le echó en los brazos. Él la apretó ansioso arrastrándola hacia la sombra cómplice del túnel.

—¡No, aquí no! Vení esta noche a mi casa. A las doce, estoy sola. Es el rancho blanqueado después del baldío.

Y se escapó de los brazos del Rosendo con una risita hueca. Cambio tan imprevisto, puesto que ella misma —era evidente— lo había salido a encontrar, dejó al hombre desconcertado. La vio bajar la barranca corriendo. El viento le arrebató las polleras y por un momento sus piernas blancas, redondas, se mostraron incitantes. Porque la Elvira era blanca, rubia casi, se la había traído de la ciudad el gendarme Páez. Un último gesto de adiós con la mano al perderse en el recodo y otra vez esa risa hueca, destemplada. Un vacío helado se le metió en el cuerpo al Rosendo. De pronto se sintió parado, solo, como en el centro de un vacío total, de un silencio total. Ni un pájaro, ni un ladrido lejano que le abriera un boquetito al silencio. Si hasta el arroyo le pareció que corría mudo y que el viento se había detenido. Sentía la boca seca. Cosas del trago, a lo mejor, la fiesta había estado linda ese sábado en lo de su comadre.

—Y bueno, esta noche será —se resignó.

Montó su overo y siguió camino enredado en torpes cavilaciones.

Entró al pueblo y en lugar de arrimarse por el boliche se fue hasta lo de su compadre Ponce. Entre charla y mate acertó el rato. Y luego se despidió para consumir en el boliche de don Ataliva las dos horas largas que aún lo separaban de la Elvira.

El tiempo se estiraba perezoso. Una partida de cartas en la que participó como perdedor porque no podía concentrarse en el juego, le entretuvo la espera.

Cuando calculó la medianoche se encaminó al rancho de la Elvira según las señas que ella le diera.

La noche era oscura. Mejor —pensó— buscando las sombras por la calle larga y terrosa.

El viento que desde el anochecer comenzara a soplar con fuerza, lo golpeaba en la cara con ese olor a monte, a polen nuevo, que se le metía en los pulmones y le bullía en la sangre. Por el baldío le salieron ladrando desgarrados, unos perros. Largo ladraron los malditos como para poner en guardia a cualquiera. El rancho recién blanqueado se asomaba clarito en la sombra. Pero ni

una luz se filtraba desde adentro. Se acercó cauteloso y golpeó la puerta. No hubo respuesta. Insistió. Nada. Si era una broma no le veía la gracia. Y si quería hacerse desear había elegido mal momento. Se arrimó a la ventana y golpeó fuerte. Ni la menor respuesta. Despechado, rabioso, ardiéndole la mordedura del deseo, dio un puñetazo tan violento, que la ventana cedió de golpe.

Instantáneamente supo que no había nadie adentro. Lo supo por el olor que le golpeó la cara. Olor tibio, pegajoso como el de... ¡No! ¡Qué diablos, si no estaba loco ni borracho!

—¡Hija de una gran perra, hacerme pasada tan fiera! ¡Si es como para romperle la risa a guascazos!

Los perros aullaban largo por el baldío cuando pasó de vuelta, al boliche de don Ataliva. Arrimado al mostrador, suavecito, como por pura curiosidad, le hizo la pregunta:

—Dígame, don Ataliva, ¿qué es de la Elvira?

El bolichero lo miró desde un asombro hecho interrogante:

—¡La Elvira! ¿Que no se anotició? ¡Finada, la pobre! La despachó el marido a balazos. Él la celaba mucho y estaba bebido ¿sabe? Y ella era... Bueno, usted la conoció itan rebuena para la fiesta!

—¡Cuando, cuándo fue...!

—Para una semana. Sí, justo. El domingo pasado fue, en el rancho, al lado del baldío. Ahí mismo la velaron algunas vecinas. Después de todo había que darle sepultura y no se le conocían dolientes ni parientes. La gente dice...

Pero el Rosendo ya no escuchaba. Con las manos apretadas se reforzaba la pared del pecho para que los golpes del corazón no se la rompiera.

EL PUESTO DE LOS PERROS NEGROS

—¡N

egro, Negroooo! —gritó la Olinda abocinando las manos.

El perro se detuvo un instante en la cresta del cerro, localizó la voz y tiró ladera abajo, perdiéndose y apareciendo entre montes y peñascos.

Detrás, el piñito de cabras desparramado entre el quiscal pinchudo, bajaba sin entusiasmo ni prisa, casi ignorando el desgarrado ladrerío de los otros perros que vanamente urgían al regreso.

Con la lengua a un lado, colgando como trapo sucio y un hondo acezar golpeándole las costillas, llegó el «Negro» a echarse a los pies de la muchacha.

Una lagartija —apenas un chispazo verde— cruzó entre las piedras grises. Se detuvo un instante alzada la cabecita aguda con ese latido bajo la garganta y los ojillos redondos y fijos como si se aprendiera de memoria el paisaje. Y desapareció en el quiscal. El «Negro» le dedicó una mirada indiferente y tediosa. No le incitaba ese tipo de caza.

—Vamos, ya se me hace que llega el viejo y ni fuego hay —dijo ella.

El perro, con un movimiento de cola, aprobó la resolución de su dueña y se aprestó a seguirla. Y entre carreras y trotes, yendo y volviendo para hacerle fiestas a la Olinda, alcanzaron el lomo del cerro blanco. Abajo estaba el rancho en esa cañada, casi quebrada, con los cerros que se le venían encima, no abruptamente, sino de un modo cauteloso, casi vigilante. El puesto de los perros negros le

llamaban. Siempre le habían llamado así, desde que siempre se criaron allí, con especial empeño, perros de ese color. Y había cinco.

Sólo estaba el rancho.

—Malo —pensó la muchacha.

No era dado a la bebida el viejo Leoncio, pero de tanto en tanto bajaba a la villa con un chivito cuereado y bien oreado hasta lo que su compadre Santos. En esas ocasiones era casi seguro que regresara al puesto noche entrada, bamboleando la borrachera sobre la mula zaina y mascullando insultos entre los que se filtraba con insistencia el nombre de la Rosa, su mujer, y la madre de la Olinda. De ahí que la muchacha se echara a cavilar muchas veces sobre la verdadera causa de su orfandad. Y cuando se atrevía en la indagación directa, la respuesta del viejo era siempre la misma, con el mismo tono duro:

—Se murió y no me la recuerdís más.

Se afanó la Olinda en los triviales y pobres menesteres del rancho: el fuego, el agua, el barrido, la olla. Luego se lavó la cara, se peinó, se cambió la pollera mugrosa por otra desteñida y vieja pero limpia. Era domingo. Aunque tal cosa no había modificado nunca, en lo más mínimo, el tiempo de los cerros ni la monotonía del rancho.

Llegaron las cabras entre un desconcierto de balidos que matizaban con entusiasmo los perros. Cuando entró la última al corral, la Olinda cerró la puerta. Los perros, perdido todo interés, empezaron a deshilar, con sonoros lametazos, el agua de la acequia. Después se echaron lánguidos, hasta acompasar el respiro.

Y la noche comenzó a levantarse de los montes, espesa y morada, con un silencio apenas rayado por el «mee» vacilante de alguna cría.

El «Negro» fue el primero que alertó las orejas con un gruñido y luego arrancó de estampida, ladrando. Atrás, le hicieron coro los otros cuatro perros.

La Olinda se asomó sobresaltada. Ese ladrerío no era recibimiento para gente conocida.

El hombre bajaba del caballo entre puntapiés y guascazos para alejar a los perros. Algo cobró la audacia del «Negro», porque con

un aullido vino a refugiarse a los pies de la muchacha.

—Buenas. ¿Está don Leoncio?

A la muchacha se le estrujó el corazón, y la voz se le quedaba encogida en la garganta.

—¿Que no sos vos la Olinda?

—Sí..., pero el papá no está.

—Lo voy a esperar, mientras me convidás unos mates. Hacé callar esos cuzcos... A ver si tengo que despachar a alguno.

—¡«Carozo», «Pinta»..., «Tigre»..., fuera, fuera!

El «Negro» ya había ganado el rancho con el rabo caído. Y el hombre también, porque no había esperado la aprobación de la muchacha.

El farol, colgado cerca del fogón, abría su limitado campo de luz sobre la mesa rústica y las cuatro sillas chuecas con asiento de cuero de cabra.

Detrás, en la penumbra, se amontonaban dos catres y ropas colgadas en las paredes de quincha.

La Olinda se aplicó en preparar el mate. Todavía no le entraba el habla al cuerpo cuando el ademán del hombre, al que espiaba por el rabillo del ojo, la detuvo de un sobresalto.

—No te asustés, la dejo aquí para descansar un rato. Vengo de amigo a hablar al viejo. Por unos chivatos, ¿sabés?

Y el arma con el cinturón y la gorra quedaron sobre la mesa como serviles testigos de la autoridad.

Se sentó despatarrado, cómodo, con una sonrisa nueva de íntima satisfacción. Su mirada intencional y desaprensiva comenzó a hacer el recuento de la muchachita quinceañera, de boca grande y cuerpo menudo, más bien escurrida de carnes. Y cuando tropezó con la fruta pintona de sus pechos aún no resuelto, la llamarada del instinto se le prendió en los ojos.

La Olinda la percibió con el «sírvas» del primer mate y volvió a estremecerse llena de oscuros presagios.

—No ha de demorar el viejo —la alentó.

No quería espantarla, tenía tiempo de sobra.

—¿Bajás seguido a la villa?

—No.

—¿No te aburrís aquí solita?

—No.

El miedo venía cruzando la noche de los montes, se metía en el rancho, se pegaba en el techo como una enorme araña peluda. Luego extendería sus patas inmundas y la envolvería en el horror hasta quebrarle el grito. La Olinda lo sabía, lo sentía, y el monosílabo de la respuesta se le atascaba en la garganta.

—Te parecés a la Rosa. ¿Y vos no tomás un mate?

—No.

—Decime, ¿pa qué tienen tantos perros negros?

—Train..., train suerte.

—Eso dicen por aquí. ¿Vos creís que traen suerte?

—Sí.

—Gracias, no quiero más —y le devolvió el mate—. Andá acostate, yo espero un rato más. Voy a ver el caballo.

La Olinda corrió a refugiarse en el catre como si las mantas raídas pudieran ofrecerle alguna protección, junto con el «Negro», que buscó presuroso lugar bajo el catre.

Ladraron los perros afuera. Se quejó uno alcanzado por un puntapié. Y luego silencio. Largo. Negro. Expectante.

Tapada hasta la cabeza, sin desvestirse, hecha un ovillo, esperaba. ¿Qué? La araña. La inmensa araña peluda que caería desde el techo para consumir el sacrificio turbiamente presentido.

Fue todo casi instantáneo: el ladrido del «Negro» junto con el golpe sordo y el aullido; los manotazos que le arrancaron las mantas y rasgaron sus ropas; el cuerpo inmenso, pesado, velludo, caliente, que la cubría. Y ese largo alarido sordo de su carne traspasada a fuego.

—¡Claro que train suerte los perros negros, ja, ja, ja!... ¡Para el viejo que está calentito en mi catre durmiendo la mona en la policía... ja, ja, ja!...

Un coro de ladridos y aullidos desolador respondió a la última carcajada que se alejaba junto con el galope acompasado del caballo.

Desde lo alto de los cerros miraba impávido el ojo blanco de la luna llena.

VERANADA

Se abrió la puerta, entró el perro y se sacudió con brusco estremecimiento la pelambre mojada.

—Está lloviznando... como no se vuelva nieve el temporal —comentó el muchacho.

—No es tiempo todavía, pero a lo mejor, nomás. De albita arrancamos, con el favor de Dios —repuso el viejo.

Junto al improvisado fogón de piedra, los dos únicos habitantes del rancho, tomaban los últimos mates y pitaba el viejo su cigarro, antes de tirarse en los catres para dormir.

Había terminado la veranada y el amplio y acogedor valle encerrado entre las altas laderas, quedó despoblado. Los arreos de un lado y de otro —porque de Chile también traían piños para el pastaje— habían bajado antes que los primeros temporales bloquearan las salidas.

El viejo y el muchacho eran los últimos en abandonar el valle. Y no porque ignoraran el peligro. El viejo no había hecho otra cosa en su vida de arriero que traficar con ganado para la veranada en Valle Hermoso y conocía muy bien el riesgo de retrasar la partida en esa época —promediaba abril— cuando empiezan las grandes nevazones. Pero él tenía una contrata para un arreo —el último— que partía para Chile y la tomó. De eso hacían ocho días. A su regreso todos los ranchos del valle estaban abandonados. Sólo en el suyo lo esperaba el muchacho para bajar con las vacas y sus terneros, hasta los Molles donde vivían.

El perro, erizado el lomo, se tiró contra la puerta y salió de estampida alborotando la noche con su ladrido alerteador.

—Como no baje un puma con el temporal, y sin perros —dijo el viejo.

—¿Y el Caroso qué es, si no? —protestó el muchacho.

—Pa bulla nomás sirve el quiltro ese. A los puros tiritones se lleva, horita se muere de frío con el temporal —retrucó el viejo.

Volvió el cuzco a las sacudidas y buscó abrigo junto al catre del muchacho.

La noche fría y hosca se aplastó en el valle con el silencio algodonoso de la llovizna. Hasta que poco antes de aclarar, el viento se desató en violentas bocanadas. Corría enloquecido por la suave planicie del valle y se estrellaba aullador en los altos farallones.

El rancho despertó a los vapulazos del viento. Y sus habitantes se prepararon para partir con las primeras luces.

El muchacho fue quien descubrió el desastre en el corral y volvió al rancho dando gritos:

—¡El puma, el puma mató un ternero!

Corrió el viejo con la antiguala de su escopeta en ristre.

A la luz lechosa del alba sacudida por el viento y la llovizna, las vacas y los caballos se arrinconaban espantadizos y temblorosos en un rincón del corral de pirca. Cerca de la puerta, el bulto informe de un ternero que seguramente el puma trató de arrastrar hasta su guarida sin lograrlo.

—¡Maldecío bicho, maldecío, viene y me fataliza el guachito de la Mocha! —se lamentó el viejo al reconocer al animalito destrozado.

La Mocha era su vaquita, la trajo a la veranada junto con el arreo del turco Salomón para servirla con un buen toro. Y la Mocha se portó regalándole un ternero colorado y leche buena para su rancho. Y ahora el maldito puma le mataba la cría justo a su vaca y no a ninguna de las otras cinco que eran de don Remigio, el bolichero de los Molles. Ensillaron los caballos y dieron una batida en busca del puma. Sin resultado, porque con la escasa luz y los pastos llovidos perdieron el rastro.

—Para el lado de la laguna debe haberse ido —comentó el muchacho.

—Está lejos... —dudó el viejo— y el temporal encima.

El cielo encapotado era una amenaza cierta y los urgió a partir. A poco, el pequeño arreo cruzaba el valle envuelto en el indeciso claror del alba y azotado por el viento cordillerano que buscaba insidioso las carnes con sus agujas heladas.

La gran altiplanicie —que desde siempre se llamó con justeza Valle Hermoso— era un increíble campo de pasturas naturales enclavado en medio de la cordillera, entre altas cumbres, casi en el límite mismo con Chile. El viejo conocía la historia y los dramas del valle. Una zalagarda de años ha —contaba—, estas tierras supieron ser del general Ortega que se las vino quitando a los indios en la campaña grande. Pa nada fue, porque a estas lejuras y encerrao en la montaña quién traía hacienda si no pa servírsela a los cuatreros que escondían en el valle el ganado cuatreriado y lo engordaban como dueños que fueran. Hasta que el turco Salomón —«negociante» en animales se hacía llamar— se comenzó a entender con los cuatreros. Y vaya a saber con qué artes y la plata que hizo «negociando» hacienda se vino quedando con todito el valle. Nadita leso el turco pa los «negocios». Ahora cobra derecho de pastaje. Y la plata le cae como llovida, sin ni un trabajo ni exposición, quietito nomás en su casa. El cielo le cuida el pasto y los crianceros el bolsillo, nadita de leso el turco —remataba el viejo la historia.

La mañana fue una madrugada interminable, cenicienta y fría, con el cielo encapotado y bajo del temporal. Cuando ya habían dejado atrás el valle y avanzaban por la quebrada, la llovizna se convirtió en una escarchilla espesa que crujía, arremolinada por el viento, como vidrio molido.

La marcha era lenta, entorpecida por el paso corto de los terneros que repechaban tambaleantes el temporal.

Entre los altos paredones pizarrosos coronados de pestañas vegetales, el viento bramaba con fuerza enloquecedora. Por momentos azotaba al esmirriado arreo, empujándolo por la espalda. O emboscado en un murallón de roca, los golpeaba de frente cegando a hombres y bestias con la cellizca. Poco después de mediodía el viento pareció amainar. Fue sólo una tregua para desencadenarse la nevazón. El techo de nubes del temporal pareció acercarse a la tierra deshecho en grandes hilachas blancas. El viejo

comenzó a inquietarse. La noche iba a caer muy pronto, tenía que hallar cuanto antes un refugio para pernoctar. Su instinto madurado en la montaña, le decía que el temporal sería bravo. Y bien pronto los animales —sobre todo los terneros— no podrían continuar.

Detrás del exiguo piño embretado en la angosta huella el muchacho y el viejo azuzaban la marcha con los gritos, de arreo.

—¡Aaaa... vacaaa... vacaaa...!

—¡Mochaaa... vamos... vacaaa!

Y el largo silbo como látigo ondulante cruzaba el lomo de las bestias que respondían con ahogados mugidos.

El perro que trotaba pegado al caballejo del muchacho, se deshacía en aullidos y ladridos lastimeros.

—¡Chei, hacé callar a ese quiltro hostigoso, te dije, de estorbo nomás lo traís! —le gritó el viejo al muchacho.

—Para que se hiciera a la montaña lo traje... —rezongó el aludido— quien sabe está cansao, horita lo subo, ivení, Caroso!

Y sin desmontar se tiró a un lado, alcanzó al perro de una pata y lo encaramó por delante en la montura cubriéndolo con el poncho. El animal agradecido le lamió la mano que lo sujetaba.

Blancos estaban los lomos de los animales y los ponchos de los jinetes. Blanca iba quedando la huella, apenas visible entre los remolinos de copos batidos por el viento que había roto bruscamente la calma. Las bestias pechaban mugientes la furia deshilachada de la nevazón, urgidas por los gritos y guascas de los arrieros. Sólo el viejo sabía por dónde iban. Y sólo porque conocía cada piedra del camino, podía continuar en busca del refugio apropiado para capear la noche de tempestad.

Casi al final de la quebrada y aprovechando un socavón en la pared rocosa, los arrieros habían levantado —años atrás— una pirca y conseguido un refugio para guarecer a tres o cuatro hombres, por lo menos. El viejo, por puro instinto, pudo, después de dos horas de marcha, dar con el refugio porque el viento blanco los cegaba entré sus albos telones deshilachados. Ya no hubo ni adelante, ni atrás, ni derecha, ni izquierda. Los animales se arremolinaron, entre balidos lastimeros de las crías y mugidos de las vacas, en la pequeña rinconada frente al refugio.

La noche fue muy larga en la fría lóbreguez del mísero abrigo. Sin fuego. De nada servían los fósforos después de quemar unas chamizas secas halladas al resguardo, insuficientes para secar y encender la leña del monte mojada y verde. Masticaron un poco de charqui remojado con unos tragos de aguardiente y trataron de hallar acomodo entre los pellones de las monturas. El viejo fumó cigarro tras cigarro, agotó la escasa reserva alcohólica de su chifle sin poder conciliar el sueño. Tenía frío, un tremendo frío que le urgaba los huesos. Nunca —y eran muchos los temporales que soportó— había sentido tanto frío. Y preocupación. Eso era lo malo. Se estaría poniendo viejo, seguro, a pesar de la solidez que aparentaba su andamiaje de huesos y músculos enjutos.

—¿Te dormiste, chei? —preguntó sólo por acompañarse.

Nadie respondió. Claro, a los catorce años se duerme bien en cualquier parte. Sin temores, porque el muchacho le salió de ley. Esa era la primer veranada que pasaba arriba con él. Para que se hiciera fuerte y conocedor del oficio lo había llevado. A su lado aprendería todos los secretos del arriero que tiene que vencer la fuerza oscura de la montaña a pura experiencia y coraje.

El perro pegó un estirón desde los cueros y se asomó ladrando. El viento y el frío lo empujaron de nuevo adentro. Pero se quedó gimiendo y luego lanzó un aullido largo que se le metió al viejo en la sangre con un frío distinto al de la noche.

—¡Callate, carajo! —y lo manoteó en lo oscuro.

El cuzco se arrastraba gemidor y al rato aventuraba temeroso otro ladrido casi aullido, apenas perceptible entre el ulular tremendo del viento blanco. Así transcurrió la noche en cruel vigilia para el viejo y para el perro. Tal vez porque en los dos velaba el instinto. El muchacho no supo del mundo hasta que de pronto el silencio le quebró el sueño. Casi al alba, el viento se había detenido de golpe. Y ahora un silencio astral había sucedido al clamor loco de la tormenta. Se asomaron los dos. La quebrada era un abismo blanco. Casi un metro de nieve había borrado todo signo de vida, de color y de piedra.

—¡Los animales! —gritó, casi, el viejo.

Hundiéndose en la nieve blanda llegaron hasta las bestias. En un grupo compacto los animales habían sumado sus calorías para

defenderse de la baja temperatura.

—¡Los terneros están entumíos! —gritaba el viejo golpeándolos para que se levantaran, enterrados casi en la nieve.

El temporal continuaba firme. Del techo bajo de nubes pesadas, caían como rezagados —uno aquí, otro allá— grandes copos de nieve, plumas silenciosas en inocente juego sobre el paisaje mudo de la quebrada.

Comenzaron los preparativos para ensillar y movilizar a los animales, entorpecidos por el frío y la altura de la nieve.

Cuando el viejo se acercó al zaino —lejos de las otras bestias, hecho un bulto blanco y quietito estaba— una desolación supersticiosa ensombreció la cara del hombre.

—¡Le agarró moquillo, por la cresta! ¡Carajo, horita no va a aguantar el frío! Y cómo, bicho sonso viene y se corta lejos del piño —se lamentaba el viejo mientras le sacudía la nieve del lomo y le ponía el freno.

Entonces a la luz más clara del amanecer vio las huellas.

—¡Otra vez la maldecía bestia! Me ha venido golosiando los terneros, icarajo! El zaino que lo ha olfateado ha pegado la espantada hasta aquí... y el cuzco también, se pasó la noche alerteando, por el puma ha sido.

El muchacho seguía las huellas fresquitas.

—No ha de andar lejos, este se está buscando su fin, hay que cobrarle el guachito de la Mocha.

Pero otra vez el temporal apremiaba la partida y el puma volvió a salvar el pellejo.

Ahora la marcha era un lento y minucioso forcejeo contra la nieve. Los terneros debilitados y mugientes ya casi no respondían a los gritos y latigazos de los arrieros.

Cerca de mediodía los sordos temores que le habían roído el sueño al viejo, se confirmaron.

El zaino, se plantó y no pudo dar un tranco más, pese al castigo. Temblaba entero, el cogote bajo, hasta que se le doblaron las patas delanteras y hundió la cabeza en la nieve, fulminado por la neumonía. Ahora el arreo se reducía a las seis vacas y tres terneros, los otros, los más chicos quedaron también, sin fuerzas, enterrados en la nieve.

—Seguimos en el bayo, voy en anca —propuso el muchacho contento con su solución.

El viejo seguía mudo, como paralizado, junto a su caballo muerto. O era que se enfrentaba con una tremenda decisión, que sólo él debía tomar porque sólo él conocía la implacable crueldad de la montaña. Entonces, se decidió:

—Lo desensillamos, ayudame —le ordenó al muchacho.

El viejo oteó luego el paisaje, borrada totalmente su habitual topografía bajo la nieve. Y aunque la mirada se perdía en la monotonía blanca de los cerros, el viejo señaló un punto y ordenó.

—¡Allá!

Él a pie, la montura enancada en el bayo, arrearon las vacas. El perro que todo el tiempo había venido bajo el poncho del muchacho, corría ahora sobre la nieve —endurecida para su peso— ladrando y aullando.

—¡Cuzco del carajo, horita lo despacho! —amenazó el viejo que no podía escuchar al perro sin sentir un temor supersticioso.

De ese lado —mirando al este— el cerro se levantaba en una ladera vertiginosa de roca viva donde la nieve sólo había formado nidos blancos en las grietas y fracturas. En ángulo con la pared rocosa otro cerro formaba una pequeña rinconada al reparo del viento cordillerano. Allí metieron al piño.

—Aquí supieron haber *chenques*, aquellas cuevas son, eso dicen —señaló el viejo las cavidades en las rocas.

Pero instantáneamente un terror supersticioso le enfrió la sangre. Los cementerios de los indios, justo ahora sin pensarlo, tenía que buscar refugio allí. Y si fuera también... Pero él ya había tomado una decisión, que el destino dispusiera el final.

El muchacho ajeno a todo sentimiento de peligro vivía la aventura con la más absoluta confianza en la sabiduría del arriero. Se preparaba para desensillar cuando el viejo le habló, de usted, como sabía hacerlo cuando lo regañaba.

—Vea, usted no se queda, va a seguir hasta el puesto de gendarmería y da aviso que me hi quedado de a pie y con el arreo, en el cerro de los *chenques*, le dice. Ahora usted agarra derecho por entre aquellos dos cerros, de ahí dentra a la cañada del arroyo

Claro y solito lo lleva hasta el puesto. No hay forma de perderse en entrando a la cañada.

El muchacho lo miraba sin comprender mucho el alcance de la orden.

—¿Y cómo, usted se queda solo, caso no podemos seguir en ancas yo?

—Vea, no pregunte más leseras y al tiro arranca pa que llegue antes de caer la noche —endurecía el viejo la voz para no quebrar la confianza del muchacho y tal vez la propia.

Montó. El cuzco al verlo comenzó a dar saltos aullando lastimero. El viejo se acercó y le dio un fuerte trallazo con la guasca de arreo.

—¡Otra vez, carajo, callate!

El animal se encogió y le clavó una mirada llena de asombro y dolor. Jamás lo habían castigado así. Sacudió la cabeza, se alejó y volvió a aullar lastimero. Su instinto le mostraba oscuramente el peligro, y de algún modo quería comunicárselo a su dueño.

Ya para arrancar el muchacho, el viejo lo encaró muy serio.

—Mire, vea, le pone firme y no se baja del caballo ni pa mear ¿me oye? El puma ha de haber bajao golosiando los terneros, capaz lo sigue —dijo, más por urgirle la marcha que porque lo creyera—. Ah, y no vaya a demorarse por el quiltro ese, lo bota si estorba. Tiene que llegar antes de la noche, entiende. Es su primer trabajo de baquiano y se porta como un hombre que es, pues —y guasquéo el anca del caballejo.

El viejo lo miró alejarse juntando todas las potencias de su pensamiento en una sola idea, que no le afloje el bayo y alcance a llegar antes de la noche. No, no iba a aflojar, era aguantadorazo el bayo para el frío y el hambre, cuero de cuzco le decía Sabino, su compadre, vea, su caballo es cruza con perro, no le ve lo largazo del pelo, no pues, cruza con oveja, mejor, le había dicho él, ah, pero buenazo para el frío ¿que no ve que tiene poncho propio? En cambio el zaino tan bien plantao y señorito, lástima grande, con el corte que supo darse en las cuadreras, no era pa la montaña, bicho fino, delicao, le agarró pasmo y se amoquilló. Pasma de frío, quien sabe a mí, también, se me ha clavao en el pecho el frío, pucha, con una friega se me pasaba.

El viejo arrastró los pellones de la montura, se acurrucó en un hueco de las rocas y trató de cubrirse con los cueros. El frío se le había metido hasta la médula de los huesos. Pucha, frío grande, renunca lo había sentido clavado aquí en el pecho, un cuchillo mismo de hielo que fuera, no te lo llevís al muchacho, me hace falta y es muy tierno todavía para esos trotes, a más si les agarra un temporal, y él, que se haga hombre y de tierno es cuando se aprende, y quien sabe la noche va a traer nieve, el temporal no afloja, el bayo no podía aguantar a los dos, mejor así, mañana suben del puesto, me duele el pecho, carajo, qué contiene este dolor, frío nomás ha de ser, quedate tranquila Rosa, el muchacho va a llegar, es que vos lo tenís muy apegado a la pollera y eso malea al hombre, ablanda al macho, ya estoy viejo, tarde me vine aquerenciando con la Rosa, buenaza y linda la Rosa, tanto ir y venir de un lado al otro de la cordillera, añares que dejé a la Benita en Curicó, lindo mi pueblo, qué habrá sido de las chiquillas, tres hembritas, mozas grandes serán, de la pobreza, señor, vienen todas las desgracias, botadas las dejé un día. La Rosa le vino calentando los huesos a la vejez y le dio ese hijo, orgulloso del *cabro* estaba, rebueno le salió. Quedate tranquila Rosa, va a llegar, bien hombre lo hi hecho. Si vuelve a nevar, de fijo nieva, se van a helar las vacas y los terneros antes, no aguantan los bichos sin comer y qué bajo de un metro de nieve, casi un metro hay, nevazón grande, por la cresta. Pucha el frío. Ahora le entraba una pesadez agradable. Sueño. Nunca te durmáis en la nieve, lo primero que debís saber, te llama bonito ella con el sueño y si aflojás te quedáis pa siempre con esa risa feliz en la cara, no te abajés del caballo, aprétele al bayo, le va a responder, él sabe, solito lo va a llevar hasta el puesto, pero ¿no es que me hi estado durmiendo?, claro, qué rato, es la media tarde.

Su mancha oscura destacábase con preciso contorno en la ladera blanca. De cuando en cuando sacudía la cabezota chata llena de polvo de nieve. Echado sobre las patas elástica clavaba los ojos de lumbre fría en el grupo mugiente de las vacas. Esperaba seguro, sin prisa, atentas sus pequeñas orejas móviles a las voces apenas audibles de la montaña. Se levantó estirando bajo su piel lustrosa el voluptuoso haz de sus músculos flexibles. Avanzó un

trecho, su cola de borla oscura marcaba el ritmo cadencioso de su marcha. Ya estaba más cerca. Venteó seguro y se volvió a echar. Tesonera y larga había sido la persecución astuta y silenciosa de sus víctimas. Ahora podía esperar sin recelo, las sombras para elegir la presa. Nadie interrumpiría su festín de sangre caliente.

Arriba se balanceaba, vagamente el vuelo de un buitre.

¿Que no es el Caroso este cuzco que ladra? No, pues, si es más grande, me lame la cara, de dónde sale un perro negro aquí, me ladra, qué querís, ladrido de aviso, qué será, pues, el perro negro es como una sombra buena, espanta el daño ¿no fue un perro negro el que salvó al compadre Sabino?, se le apareció cortándole el paso a los ladridos, por la Herradura y allicito, nomás les cayeron los cuatreritos a plumazos, él sólo se salvó. Qué querís avisar con ese ladrido, de los *chenques* venís seguro, pa dónde voy con este cuchillo en el pecho... ¡ay! El muchacho se quedó de a pie tirao en la nieve, está cansado, que no te durmáis te dije, carajo, levántate, levántate, carajo, antes que te agarre el sueño de la nieve, tu mamá, la Rosa te espera, decíle, decíle...

Cuando abrió los ojos estaba acostado en la nieve. Una pereza bienhechora invadía su cuerpo. No tenía ganas de moverse. ¿Dónde estaba? Movilizó de a poquito los recuerdos y entonces vio al viejo sacudiéndolo, no te durmáis te dije, la nieve es traicionera, te dije, despertate, carajo, despertate, y una cosa tibia le rozaba la cara. Manoteó y se incorporó asustado. Hundido en la nieve, como arrojado en la nieve, estaba. El Caroso gemía lamiéndole la cara. Ahora ladraba desesperado, aullaba, le saltaba encima, corría unos metros, lanzaba un aullido largo ululante y volvía a su lado. Su instinto le anunciaba la muerte con una precisión cruel. Y con la desesperación de todas sus vísceras quería comunicarse con su dueño, arrancarlo de ese blanco y mortal abrazo de la nieve. Sí, callate Caroso, ya vamos, y el viejo y el bayo dónde están. De pie oteaba para orientarse, para recordar. Un sol débil y acuoso se asomaba por un agujero del techo plumizo de nubes y languidecía en el silencio blanco de la cañada. Entonces recordó todo. Y como si estuviese parado al borde de un abismo, a punto de precipitarse, echó a correr a grandes zancadas. El bayo se mancó a la hora nomás de marcha. Había perdido una herradura y la nieve

acumulada en el casco sin protección, se apretaba, se volvía hielo duro como metal incrustado en la carne. No podía afirmar bien la mano. Dos veces cayó, a la tercera se negó a levantarse. Él había seguido a pie hundiéndose hasta las rodillas casi, una pierna después de la otra en una lenta y agobiadora marcha. Por eso se había sentado a descansar, un ratito, nomás, celando del puma y del sueño. Y se había dormido. Suerte grande que lo vio al viejo sacudiéndolo, en sueños sería. Y que el Caroso lo hostigó con ladridos hasta ponerlo en marcha. Ahora era más fácil. La altura de la nieve era menor allí y endurecida por la baja temperatura permitía una marcha menos fatigosa. El perro —una bolita negra en la blancura cegadora de la nieve— se deslizaba por la superficie dura con un trotecito seguro. A cada rato se detenía, volteaba la cabeza como para comprobar si el muchacho lo seguía. Y arrancaba con la alegría en la cola, al trotecito cejado.

Caía la tarde, el cielo se apretó de nubes negras. Y los primeros copos lentos anunciaron otra noche de nevazón.

El cuzco se detuvo de golpe, alertó las orejas, venteó el aire y echó a correr con alboroto de ladridos.

Ahí, nomás, en el bajo, humeaba protector el puesto de gendarmería.

LA OTRA JUGADA

—**Y** yo le dije con toda la boca lo que pensaba de su cochino país y de su puerca justicia.

—¡Al milico se le brotaban los ojos de furia... ja, ja, ja! —rebotó la carcajada estentórea por los peñascales anochecidos.

Las mulas trepaban lentamente, afirmando cautelosas las pezuñas sobre las piedras sueltas de la senda cordillerana. Los dos hombres —curtiendo todavía un resto de borrachera— se internaban por los vericuetos de los pasos sin control aduanero para regresar a su país. Eran chilenos, arrieros chilenos, que lo mismo aceptaban una contrata de este lado para pasar ganado «cuatreriado», que para venir del otro, con unas cuantas mulas cargadas de contrabando. Es lo que habían hecho en este viaje. Y como en casi todos, el atractivo del boliche les hacía olvidar la prudencia. Así se habían pasado la tarde en Pilolil —el pueblo más próximo— entre baraja y trago, trago y baraja. Hasta que, envalentonados con la buena suerte, se habían despachado a gusto con un gendarme, quien, a falta de mejor entretenimiento, pasaba, como todos, su franco en el boliche.

—¡Por la cresta! Si no arrancamos al tiro, se arma la gran pelotera —siguió con sus pensamientos el Lucas Paredes.

—Chitas con el gallo; había sío baquiano pa la baraja y serenito, ipero nadita como esta mano, compadre! —se ufanó el Anselmo Añitao.

—Suerte que andaba sin arma, que de no, nos despacha de un viaje con la animala ésa.

Un viento de hielo acuchillaba la cara y las manos de los hombres, que acariciaban el cuello de las cabalgaduras procurando

su tibieza. Cerró la noche. En lo alto tiritaban tan claras las estrellas que hacían nítido el espectral perfil de las cubres nevadas.

—Vea compadre, tengo que serle franco. Yo sé que usted no ve bien que me arrime por el rancho de la Remedios. ¡Pero es que me gusta hartazo la negra culiparada! Ayer mismo estuve. Le dije que partíamos al tiro de vuelta, para que no me cargoseara... Al fin, es mujer sola, y con tanto chiquillo a uno se le hace que ayudarla un poco...

Se le quedaba la voz al Lucas esperando la reacción del Anselmo —el Jote, por mal nombre—, a quien respetaba y temía por su más edad y mucha fama. Sí, el Jote había sido, tiempo atrás, contrabandista de licor en la zona seca de El Teniente, y su cuchillo con mango de asta anillado en plata, conocía muchas historias de sangre. Y de coraje, porque el coraje era su ley.

—Ya le he dicho que las mujeres sirven pa vainas, nomás. Continúe ésta, que no es mujer de un solo hombre. Así que pa otra vuelta, si le gusta, se puede quedar en el rancho, nomás —y se encerró en un mutismo hosco. El Lucas también quedó mudo, arrepentido por su franqueza. Por la huella angosta tomó la delantera la mula de Añitao. Y en fila, las dos cabalgaduras siguieron la marcha por horas.

A la medianoche arreció el viento; bramaba desgarrado por los cañadones y se estrellaba contra los cerros pelados. Por lo alto de las cumbres asomaron inquietantes nubes negras. A poco más, se encapotó el cielo y la cellisca sacudida por el viento anunció que el temporal se había desatado arriba. Los hombres dudaron. No mucho más los dejaría avanzar la nevada.

—¡Hasta el refugio! —gritó el Jote, ladeando la cabeza para que el viento le alcanzara la voz a su compañero.

Como un eco le contestó el Lucas:

—¡Hasta el refugio!

Azotaron las mulas, que baja la cabeza se aprestaban para resistir el temporal. El Jote conocía la montaña mejor que sus manos, en las buenas o en las malas, con temporal o sin él, de día o de noche. Era así como había burlado siempre a la aduanera, y sabía encontrar el refugio salvador en medio de la tormenta.

Llevarían una media hora de marcha, a pechazos con la escarchilla que arremolinaba el viento, cuando las mulas, con las orejas tías girando a un lado y a otro, comenzaron a barruntar algo extraño. Los dos hombres detuvieron la marcha casi al mismo tiempo. Estaban cerca del refugio viejo.

—Los animales han olfateado algo —comentó el Jote.

—Quién sabe no hay gente, y a saber quiénes sean —respondió, dudoso, el Lucas.

—Sujete las mulas, y más mejor me arrimo pa echar una aguaitada —decidió, desmontando, el Anselmo.

Un relincho ahogado detuvo expectantes a los dos hombres.

—Esto me güele a plomo —comentó el Lucas. Y con la última palabra, un estampido barrenó la noche del temporal.

—¡Milicos son! ¡Echan primero, la bala y después el «alto»! —apuntó el Jote.

La mula sin jinete dobló las patas delanteras, y blandamente clavó la cabeza en la tierra. La bala le entró en mitad del pecho.

Los hombres se tiraron entre las piedras, buscando protección. Se oyó una segunda descarga.

—¡Me fregaron, compadre! —gritó el Lucas, que al desmontar sintió de pronto que no podía manejar la pierna derecha, que se le quedaba como si no fuera suya.

—¡Fiera está la cosa! ¡Agarrate que nos largamos por la quebrada! —lo urgió el Jote, ofreciéndole el hombro.

—Pa inútil todo, estoy sangrando mucho. Gambatéele usted solo a los pacos..., pa qué caer los dos.

—¡No soy ningún hereje pa dejarte botao!

Pero ya era tarde para cualquier decisión. Voces de alto, resoplar de cabalgaduras y haces de linternas los habían bloqueado.

Y sin muchos miramientos ni preguntas, que para el caso sobraban, los dos se vieron en pocos instantes amarrados, desandando la huella hacia el valle.

Con el frío y la pérdida de sangre, el Lucas se fue debilitando al punto que estuvo dos veces por caer del caballo. Entonces le soltaron las manos, para que se mantuviera abrazado al cuello del animal. El cabo Herrera, que comandaba la partida, comenzó a

inquietarse ante la perspectiva de llegar con un muerto, porque era difícil que el herido, desangrándose como iba, aguantara la baja temperatura. Fue entonces que decidió cortar para el rancho de la Remedios.

El Jote se dio cuenta del cambio de rumbo y alentó alguna esperanza.

A esa hora los perros parecían ser los únicos habitantes del rancho, y mantenían viva la noche con sus aullidos. Se alborotaron al acercarse la patrulla y el ladrerío inquietó al piño de cabras y a la gente del rancho.

—¡Es la autoridad, doña Remedios! ¡No se asuste! —gritó el cabo, entre el alboroto de los perros—. ¡Abra que venimos con un herido!

Tímidamente brilló una luz por las hendidias, y luego la voz de la Remedios reclamaba indecisa:

—Ya va..., un momento. ¡Aquí Tigre, Pinta, Negro!...

Los perros hicieron una pausa que aprovecharon para rodear al Lucas, olisqueando movedizos la sangre que goteaba pertinaz de su pierna.

Desmontó el cabo y tras él los gendarmes. Le ordenaron al Jote que lo hiciera, pero cuando se acercaron al Lucas comprendieron que no respondería a ninguna orden. Estaba desvanecido o helado.

Lo bajaron y a pulso lo metieron por el hueco de la puerta que acababa de abrir la Remedios. Detrás de ella asomó un chiquillo desgredado, que la mujer hizo desaparecer rápidamente en la negrura del rancho.

—Flojón había sido —comentó el cabo—. ¡Y tan de guapo que se la echaba! Claro que si usted no da el rumbo, renunca caen estos dos. Cúrele la pata y dele algo caliente, queda un hombre de compañía —sacó un frasco chato del capote y, satisfecho, se echó un trago largo y lo pasó a sus hombres.

La Remedios, que había seguido con el candil en la mano la maniobras de acostar al herido sobre unos pellones, lo dejó sobre la mesa y se arrimó para atenderlo. Un repentino gesto de sorpresa la volvió hacia el cabo:

—Pero, éste no es..., no es el...

—No es el Mocho Contreras y ¡qué hay que no sea! Lo mismo da uno que otro, cuatreritos son y a su turno caerán. Usted dio una pista y la seguimos... ¿No es así?

La Remedios se inclinó sobre el Lucas, murmurando llorosa:

—Que te ibas ayer, dijiste..., ya te hacía del otro lado..., puse el denuncia por el Mocho, que vino a irrespetarme, creeme. Nunca por vos, ¡nunca iba a hacerlo por vos!

El Lucas, mudo, desgonzado en el suelo como un muerto, sólo mantenía vivos los ojos, tercos de lumbre rencorosa.

El Jote, amarrado codo con codo entre los dos gendarmes, se adelantó con un «permiso mi cabo», y antes que nadie reaccionase, le dio un feroz puntapié al Lucas en su pierna herida, y le escupió el insulto:

—¡Roto desgraciao! ¡Te habís jugao tu pellejo y el mío por esta puta soplona!

El Lucas se retorció como una lombriz y mordió un quejido hondo.

De un empujón sacaron al Jote.

Afuera los recibió la noche oscurísima, azotada por el viento, la lluvia y el aullido largo de los perros.

EL ENCUENTRO

Al amanecer la jarana se volvió caliente. Vino, risas, invitaciones para el baile, mientras la vitrola escupía las estridencias de un antiguo «fox». El bullicio se tragaba las conversaciones, los comentarios. Pero una palabra suelta, una pregunta, un nombre, se ligaba siempre, al único tema que traía soliviantando al pueblo: el Pelacara.

—¿Lo conociste?

—No.

—Entonces, no serás de Talca.

—No.

—¡Güen dar que tiene poca labia el hombre!

La mujer buscó entonces una vía más directa de comunicación. Se adhirió al cuerpo del compañero en el simulado abrazo del baile. Y el hombre tuvo una respuesta más afirmativa para la mujer. Su sangre. Porque su mente volvía atrás, a su infancia.

—¿No me conocís?

—Sí —y se había quedado mirando cómo se posesionaba minuciosamente de todos los rincones del cuarto, de su cuarto.

—Ahora soy tu hermano, medio hermano ¿sabís? Mi mama se viene a vivir aquí. Estas son mis cosas ¿entendís?

—Sí —volvieron a repetir sus raquítricos nueve años frente a los catorce del otro—: el Chilote. Así le decían porque fue el presente que le dejó a la Rosa —su madre— un pescador isleño de paso por el pueblo.

La vitrola se había apagado con un último rezongo afónico y él seguía apretando a la mujer. Ella lo arrastró hasta la mesa y le ofreció un vaso con vino:

—Algo se te ha anudado en el garguero y el vino lo desata. ¿Te llamáis...?

—Libertario Sosa... el viejo tenía sus ideas.

—¿Libertario?

—El Tira por mal nombre —y se quedó hosco después de trasegar el vaso a su estómago.

—Vos tenís pasta pa «tira» nomás —le repetía el Chilote cada vez que le decía que no.

No, para robarle unas «chauchas» al viejo cuando llegaba tambaleándose por el trago, porque se dio a la bebida al poco tiempo de traerse a la Rosa. No, decía, cuando le arrancaba coraje a golpes para que enterrara viva la cría de la gata recién parida. No, para voltear a la tonta. Más tarde, no, para cuerear una oveja del fundo de don Jara. Después —años después— vino el asunto del turco. Ahí no dijo que no ni que sí. Había estado presente sin proponérselo. El Chilote lo había encerrado, mansito, en su juego. Aunque en el pueblo todos señalaban al hijo de la Rosa como el autor del atraco, nadie se lo pudo probar. Sólo él —Libertario Sosa— hubiera podido hacerlo. Pero se calló, porque, precisamente, no era un soplón ni menos un «tira». Fue cómplice. Él no lo supo hasta después cuando el Chilote se lo explicó muy clarito al exigirle colaboración en un asunto más grueso, con ganado.

—Y no te vengáis a botar a tieso conmigo porque sos parte y culpa en lo del turco. Y si hablo te la verís fiero con los «tiras».

Y también fue cómplice. Sólo que esta vez resultó un muerto y pudieron ser dos —él, el segundo— porque se negó a cargar arma. Para ese entonces tenía dieciocho años y era peón de don Jara. Y si no se vio envuelto en la bolina fue porque el Chilote se hizo humo en el limite antes que nadie le alcanzara a dar el santo y seña. Y cargó, él solo, con el robo y el muerto.

—Otro vaso y se te suelta la lengua.

—¡No le haga caso! ¡Es que esta Juana es más aburría que sueño e vieja!

—¡No seáis tosigosa, Clemen!

Pero la intrusa se instaló en la mesa y dispuso del vino y del hombre. Él se la quedó mirando. Era fea. Tenía la cara espurreada

de pecas, pero la nariz trepada y aleteante le daba un airecillo entre picaresco y agresivo.

—Yo lo conocí ¿sabe? Al sur, en Natale. Viajaba mucho al otro lado, pero no se le conocía oficio ni beneficio. Una vez en Las Latas —ahí trabajaba yo— alguien le hizo mención que le faltaba voluntad para el trabajo. Ahí nomás se plantó: «Me faltará voluntad pero me sobran güevos», y de un puñetazo le descoyuntó el esqueleto al acomedido. De entonces se empezaron a mentar sus hechurías: que a uno le abrió la guata a puñaladas, que despachó a un gendarme argentino en el cruce... que un sin fin de muertes y de maldades, hasta «pelacara»... Y así quedó: el Pelacara... —y la Clemen susurró el mote subrayándolo con un suspiro escéptico o nostálgico, vaya uno a saber.

—Yo lo conocí aquí —se animó la Juana, aquí en esta...

El hombre detuvo el vaso que llevaba a la boca y le clavó los ojos hasta cortarle el habla.

—¿Idiay? —le urgió.

—Aquí... en esta misma mesa... bien encachao con su temo azul, el habla seria y linda: «He pataperreado mucho y ahora Irredento Muñoz quiere retiro y una mujer que hable poco... como usted». «¿Irredento, dice?». «Redento con sus ojos, prenda. Vengo a establecerme con un negocio aquí en Taita».

—Ya, pué, dejate de lata, niña. ¡A bailar, rico! —y la Clemen se llevó el hombre a la pista.

Libertario Sosa la apretó hasta sentir que las piernas y el vientre de la mujer se amoldaban a su cuerpo. Sólo así le parecía estar acompañado para compartir ese puño de hierro que le estrujaba el estómago.

La frase entró por un huequito que hizo la música y se quedó colgada en el aire. Se repitió una y otra vez.

—Esta fue la hora, justa.

Otras veces como chorros de agua fría fueron apagando el incendio del bullicio.

—Se le había cumplido el plazo al Pelacara.

—Justito y cabal.

Y el salón de la cantina se convirtió de pronto en un pozo de silencio fermentado por el vaho de alcohol ingerido, tabaco y sudor

caliente.

Algunas muchachas cuchichearon algo entre risas. La dueña impuso:

—¡A callarse un momento, niñas, arrispeten un alma en pena! —y se hizo la señal de la cruz.

Después como una marea sorda comenzaron a levantarse los comentarios recordativos.

Libertario Sosa tiró unos pesos en el mostrador y salió a la calle. La Clemen lo siguió un trecho, pero cuando vio que enfilaba hacia la estación, comprendió que había perdido la noche con el afuerino que ni siquiera había ladeado la cabeza para mirarla. El hombre miró el cielo. Los primeros azules del alba recortaban los montes. Ayer, cuando levantó el arma también había mirado el cielo. Y había cantado un pájaro, un solo pájaro. Entonces fue que se le bajó la venda de los ojos al Chilote. Nadie pudo explicarse bien cómo sucedió eso. Era una pega, hacía veinte años que no volvía al pueblo. Se enteró al llegar, no se hablaba de otra cosa. Voceaban la noticia en las calles: «Mañana al amanecer será ajusticiado el homicida Irredento Muñoz —alias el Chilote o el Pelacara— de treinta y dos años, sentenciado a muerte por el asesinato del joyero alemán Karl Meyer. El homicidio —ocurrido hace dos años en la ciudad de Linares— fue cometido con desollamiento de cara para evitar el reconocimiento de la víctima».

Y páginas y páginas llenas de antecedentes y detalles truculentos. Quedó espantado. Pidió el relevo.

—¿Qué, le falta coraje? —le escupió con desprecio el capitán de prisiones.

No. Era otra cosa difícil de explicar. Inútil explicar que él, Libertario Sosa, era guardia de cárcel en San Antonio como pudo ser oficinista si hubiese tenido escuela; que se fue de Talca cuando era peón, años atrás, sólo porque el Chilote le había dicho... Pero no. No había escapatoria.

—¡A la orden, mi capitán!

Seguía el rumbo de las calles desiertas. La noche anterior dicen que nadie durmió en el pueblo. Que arrodilladas en los umbrales de los boliches y prostíbulos las mujeres de la noche —con un espeluzno de superstición— habían esperado la señal de la muerte

con una oración en los labios. Eso le dijo la Juana que había estado entre ellas.

En el despacho del capitán —dentro del recinto de la cárcel— sortearon los fusiles. De los ocho, uno solo sería inocente: estaba cargado con balas de fogueo. Podía ser el suyo —pensó Libertario Sosa— sí, tenía que ser el suyo. Y esa idea lo alivió. La misma idea que —a lo mejor— alivió la conciencia de los otros, si la tenían.

Formaron en el patio de la prisión con las primeras luces del alba. Todo se sucedía en un absurdo clima de silencio cómplice. Se cuidaba a la muerte como al sueño de un niño. Por el pasillo de la izquierda apareció el Chilote, erguido, con su terno azul y camisa blanca, sin un temblor que denunciara su estado de ánimo. Dos guardias lo sostenían, apenas, de los brazos para orientar su marcha porque iba esposado y además llevaba una venda en los ojos. Un cura lo seguía murmurando oraciones que —según él— le ayudarían a salvar el alma ya que no le sirvieron para salvar la vida. Lo sentaron en un banquillo frente a la alta pared encalada y amarraron sus manos al poste sobre el que apoyaba su espalda. Allí quedó erguido, como estaqueado, echado el gesto adelante como si todavía —amarrado y a ciegas— quisiera retar a la muerte que tantas veces lo rondó. El pelotón de fusilamiento —calzado con zapatos de goma— se desplazó como en una película muda, hasta colocarse a una distancia de quince metros frente al reo. Las acciones se cumplían sin voces de mando en medio de un silencio pesado y fangoso como el de las pesadillas. El oficial levantó el sable y al bajarlo seis balas se alojaron en el pecho de Irredento Muñoz. Seis, porque una, la de Libertario Sosa —y él la vio— se le incrustó en el cuello. Todo fue instantáneo. El sacudón de la cabeza con el impacto de las balas —ah, un pájaro cantó de susto por la descarga, sería— la venda que se bajó y los ojos desorbitados del Chilote que se le clavaron en la clara a Libertario Sosa. Lo vio, lo reconoció. Esa ínfima fracción de vida que le quedaba le alcanzó para clavarle una mirada en la que el espanto de la muerte no pudo borrar el desprecio y la condenación. Porque la última vez que lo viera en Talca, el Chilote le había dicho con esa soma, seguridad y menosprecio que lo trató desde que se le metió a vivir en su cuarto:

—Apuesto a que un día me vas a matar, Tira. Pero eso sí, será manco o amarrado.

LA PROFECÍA DEL MANOSANTA

Era la primera en llegar. O tal vez amaneciera allí. El alba amarilla de álamos otoñales la sorprendía inmóvil como si formara parte de ese decorado solemne y grotesco a la vez. Ella y el angelito.

—No me gusta que andés con el chico todos los días.

—Tengo que pagar la «manda»... sabís muy bien por qué la hice.

—Sí... —aprobaba resignada la Justina— pero es que se cansa el pobrecito.

Las primeras campanadas comenzaron a cernir el aire con sus voces graves. La mujer hecha un bulto negro arrodillada y bisbiseante frente al cristo solitario —amanecido también en el paisaje— se incorporó trabajosamente con el niño dormido entre los brazos.

—Dispiértese, mijito, dispiértese —sacudía al niño, la cabeza bamboleante por el sueño.

Rompió a llorar la criatura.

—Bese los pies del Señor, mijito —y arrimaba la boca llorosa del niño al crucificado.

La gran imagen de bulto, protegida apenas por una especie de hornacina, se levantaba a un extremo del Calvario, casi a la intemperie. Las lluvias y los vientos desteñían la imagen hasta casi confundirla con el madero. Pero cada Semana Santa algún devoto se encargaba de sangrar al Señor con un poco de pintura roja. Lo que no se podía hacer era restaurar los dedos de los pies clavados, que millares y millares de bocas fervorosas habían desgastado hasta hacerlos desaparecer. Sobre esos pies de dedos mutilados

quedaron las lágrimas del chico a cambio del beso que no supo dar. La mujer descendió los tres escalones de la plazuela. Llevaba al niño de la mano. El pequeño enredaba sus piernecitas torpes en una larga túnica blanca de la que aparecían —a la altura de los hombros— el remedo grotesco de dos alas blancas. Era el angelito. La mujer se hincó frente a la primera «caída» y trató de que el niño hiciese lo mismo. Lo consiguió un instante y luego hipando despacio quedó sentado hecho un bultito blanco junto al bulto negro de la mujer. Después de un largo rato de rezos comenzó el verdadero sacrificio, el cumplimiento de la promesa —la «manda»—. De rodillas, la mujer se arrastró tironeando al chico hasta la próxima «caída». Así sucesivamente tendría que recorrer las «siete estaciones» en la larga explanada que constituía el calvario, hasta retornar al punto de partida. Y volver a empezar. Era Viernes Santo y la plazuela desierta, enmarcada entre álamos y carolinos, comenzó, poco a poco, a llenarse de promesantes. Caravanas dolientes de mujeres y hombres, viejos y niños, enfermos y sanos. Pagadores de «mandas», esas aberrantes formas de sacrificio que inventa la ignorancia en los momentos de desesperación. Niños descalzos con largos hábitos franciscanos; viejos cargando penosamente una burda cruz de troncos, penitentes con cirios en las manos y coronas de espinas, en las sienes, mujeres arrastrándose de rodillas. Y casi todos comprando en los tendales que bordeaban el carril, la medallita consagrada, la estampa milagrosa de la Virgen de la Carrodilla o un escapulario, amuleto contra el «daño». Entre esa multitud de agobios se desplazaba, concitando el temeroso respeto y la admiración de los fieles, don Bautista, el «manosanta». Tenía más predicamento que el propio cura de la capilla y fueron inútiles sus intentos de alejarlo del lugar o limitar su influencia. Era el más devoto servidor del Señor. Y si podía cortar el «empacho», curar de palabra o simplemente poniendo su mano en la parte afectada del enfermo, era porque «Dios nuestro Señor me ha concedido esta gracia para consuelo de los pobres». Pobre era él mismo. Pobrísimos. Una rara mezcla de mendigo y anacoreta. Alto, escurrido dentro de sus ropas harapientas que simulaban hábitos porque ceñía a la cintura del viejísimo gabán un cordón franciscano; los pies desnudos, negros

de mugre y costras, sobre unas suelas que amarraba con tiras a modo de sandalias. De todo este lastimoso conjunto sobresalía su cabeza con el matorral de pelo amarillento crecido hasta los hombros y confundido con la barba larga y revuelta. Joven y viejo a la vez, en su rostro de palidez verdosa se hundían unos ojos claros de mirada penetrante, dominadora. Nadie podía mirarle fijamente, tenía que bajar la vista fascinado bajo el extraño hipnotismo de esa mirada. Nadie sabía nada de su vida. Quién sabe desde dónde se había desbarrancado su existencia rodando en plano inclinado hasta llegar a esa singular figura sórdida de la que, sin embargo, emanaba un aire de dignidad y seguridad desconcertantes. Vivía solo en un rancho hacia el lado de los cerros o desaparecía por largas temporadas. Pero invariablemente, año tras año, aparecía para Semana Santa en el Calvario. Predicaba, hacía tremendas profecías y vendía estampas y amuletos contra el «daño». Entonces desbordaba el río imaginero y supersticioso de las gentes. Y se comentaban —multiplicadas— sus curas milagrosas y «daños» deshechos, aunque, en verdad, muy pocos podían hablar por propia experiencia. Entre esos pocos se contaba la Rosario —hermana de la Justina— que, precisamente, estaba ahí pagando la «manda». Durante siete días debía hacer las siete estaciones del Calvario, de rodillas, con el angelito. Porque el nacimiento del niño era la prueba cabal de los poderes milagrosos del «manosanta».

La familia Algañaraz vivía casi aislada. La había aislado el comentario supersticioso de la gente.

—Dicen que el ánima de la finada Algañaraz pena por la cuesta de los cerrillos.

—Quien sabe nomás el viejo la haiga matado y no fuera pasmo de sangre como dijeron.

—Las hijas están «ojiadas», las dos son «machorras», renunciarán cría.

—Es que la Rosario le vino sacando de mala manera el hombre a la Pancha y de seguro ella le mandó «rociar» la casa.

—Y pa qué, si al poco lo encontraron hecho miñango al pobre Gervasio.

—Y la Rosario cada vez más beata, puro rezos, puros santos y «mandas».

—No hay que hacerle, están «ojiadas» las Algañaraz.

Efectivamente, la desgracia parecía haberse ensañado con la familia Algañaraz a pesar de los desvelos y trabajos del viejo que consiguió plantar una viñita al pie de los cerrillos. Murió su mujer. Una subida de sangre que se le pasmó, diagnosticaron las comadres. Derrame cerebral, certificó el médico. La Rosario se casó con un hombre que no era libre y peor aún, sin oficio ni beneficio. Terminó desbarrancado, dicen que huyendo de la policía porque cuatreriaba por el sur. La Justina se había casado con un buen muchacho que trabajaba de sol a sol la viñita, pero —para dos años, ya— y no tenían hijos. Desde que la Rosario perdió a su hombre se entregó a un enfermizo fervor religioso mezclado con extrañas prácticas de la superchería popular. Su guía espiritual fue don Bautista, el «manosanta». En sus peregrinajes anuales al Calvario la había sometido la presencia y la voz conminatoria del hombre que tan pronto lanzaba terribles anatemas contra el pecador, profetizaba calamidades o alababa las virtudes de escapularios y medallitas contra el «daño», como un charlatán de feria.

—¡Desgraciados, infelices los que no oren, su muerte será terrible y sin perdón! ¡El ojo de Dios está en todas partes, el oído de Dios oye dentro de los hombres! ¡El que no obedezca morirá! ¡El pecador morirá y su alma no saldrá de su cuerpo, se pudrirá con él bajo la tierra!

La Rosario durante casi dos años no se había desprendido del escapulario que el propio don Bautista colgara en su pecho. Había rezado novena tras novena, hecho zahumerios con tres yerbas santas, castigado la imagen de la virgen, todo según las instrucciones del «manosanta». Y por último, hizo esa «manda» para que le naciera un hijo a la Justina. Porque sólo un angelito alejaría el «daño» y traería el perdón para todos. Y el niño nació. Nació un Viernes Santo a las tres de la tarde. No cabía duda del milagro. La felicidad sería para todos. Por eso la Rosario estaba ahí, arrastrándose con las rodillas sangrantes, enfebrecida y transportada. Sola en medio de la muchedumbre. Sorda para el llanto del niño hambriento, sorda para el clamor de los penitentes. Y toda oídos para la voz del «manosanta» que predicaba entre los

promesantes, agitando un ringlar de escapularios y estampas. Cada palabra del hombre caía en su mente como una pesada piedra en aguas estancadas levantando grandes círculos resonantes.

—En 1937 el tigre y el águila bajarán de la montaña. ¡El castigo de Dios se acerca! ¡Arrepentíos pecadores! En 1943 el fuego nacerá de la nieve y habrá poco pan y muchas bocas. Sólo se salvarán los libres de pecado. Un niño nacido en tal día como hoy traerá la palabra de Dios. Irá y volverá como nuestro Señor Jesucristo para salvar a los pecadores arrepentidos. Un niño nacido en Viernes Santo, irá y volverá. Y dirá las verdades.

A mediodía la gente raleó. Se desbordaba por el carril a lo largo de las «enramadas» donde los menos creyentes hacían su agosto vendiendo viandas de vigilia.

La Rosario había dado ya siete veces la vuelta a las estaciones. Apenas se podía tener en pie. Pero ella guardaba riguroso ayuno. Alguien le sostuvo el angelito y la acompañó hasta el Cristo. Las rodillas laceradas le impidieron hincarse. Se sentó en el suelo, acomodó al niño dormido en su falda y de nuevo se hundió en el fervor de las oraciones, la cabeza gacha entre los hombros. Había perdido totalmente la noción del tiempo. La sustrajo el llanto del niño hambriento. Entonces sintió que una mano se apoyaba sobre su cabeza, protegida por el manto. Algo así como una corriente fulminante de frío y calor a la vez le recorrió el cuerpo y se le clavó en las sienes cuando oyó la voz. La voz de don Bautista, el «manosanta», dirigida a ella:

—Ya estás sin pecado y sin «daño». La alegría entrará en tu casa. Vete y reza, reza mucho por el niño. Será santo. Está en gracia de Dios. Él irá y volverá con la palabra de Dios. Volverá con Cristo resucitado.

La Rosario se levantó y echó a andar como una sonámbula entre el gentío que nuevamente invadió el Calvario y pugnaba en largas filas para besar los pies mutilados del Señor. Tomó la calleja de la Puntilla hacia su casa detrás de los cerrillos. Las palabras de don Bautista le iban golpeando las sienes, doblaban en sus sienes como el tañido lúgubre de las campanas en duelo.

—El niño será santito. Irá y volverá con la palabra de Dios. Irá... y volverá. Volverá... resucitado.

En la casa de los Algañaraz nadie comió ni durmió esa noche. El fervor de la Rosario se había contagiado a todos. Desde su llegada, al atardecer, rezaban sin cesar frente al altarcito de paños negros improvisado en la pieza más grande —la de Justina y Rosendo—. Al niño lo acostó la Rosario en su propio cuarto. Varias veces la madre quiso verlo, alzarlo, ofrecerle alimento, pero la Rosario se interponía exaltada. Y como siempre tuvo gran ascendiente sobre su hermana —varios años menor— la Justina aceptaba resignada sus disposiciones:

—Dejalo, ya lo vi yo... Duerme. Rezá, rezá mucho por él... es un angelito y será santo, lo dijo don Bautista. Nos llenará de bendiciones. Rezá... rezá por el santito.

Las horas se estiraban largas entre las voces graves de los hombres —el viejo Algañaraz y Rosendo— y la aguda de las mujeres, desgranando interminables rosarios en la semipenumbra de la pieza.

De pronto, en mitad de la noche aullaron los perros y comenzaron a correr como atraillados por el instinto que husmea la muerte. Todos se miraron y juntaron sus silencios. La Justina saltó como impelida por un resorte y corrió a la pieza de la Rosario. Un alarido de bestia herida paralizó la noche.

—¡Está muerto... muerto! ¡La Rosario me lo ha matado!

De pie en el vano de la puerta mostraba al niño, todavía con el absurdo ropaje de angelito, sólo en el cordón blanco, en lugar de ceñirle la cintura, pendía, ahora, de su cuellecito amoratado. El dolor pareció quitarle la luz del juicio. Y la Justina, temblorosa y gimoteante quedó perdida en la orilla del espanto.

—¡Va a resucitar! Está en gracia del Señor. Irá y volverá. Lo digo yo por boca del «manosanta». ¡Va a resucitar como Jesucristo! ¡Recemos, recemos! —gritó la Rosario.

Pero ya no era la misma Rosario. En sus ojos extraviados brillaban terribles visiones de otro mundo. Tomó al niño y lo colocó frente al altar. Desató el cordón de su cuello y lo envolvió en las manecitas rígidas para juntarlas sobre el pecho. Desgarró sus ropas en busca del escapulario y se lo colocó al muertecito entre las manos. Los hombres siguieron los rezos presos ya de las oscuras fuerzas atávicas que removían en lo hondo de sus mentes

ancestrales terrores supersticiosos. La Rosario mezclaba los rezos con las palabras del «manosanta» que seguían resonando en su cerebro como terribles campanadas:

—Irá y volverá... Santa Madre de Dios cuida de nosotros los pecadores. Volverá con la palabra de Dios.

Imprecaba, se laceraba el pecho. O de pronto la poseía un extraño furor y azotaba a la imagen de la Virgen de la Carrodilla. Colocándola cabeza abajo la conminó para que le devolviera al angelito con vida. Sólo respondía el coro largo y aullador de los perros. Varias veces auscultó al niño muerto. Por último convencida de su inmovilidad lanzó un alarido y clamó:

—El Mandinga ha entrado en la casa. ¡Saquémoslo! Hay que quemar todos los trapos colorados, los vestidos, los muebles, las flores, todo lo que lo que sea colorado. ¡Todo en una gran fogata! ¡Pronto, pronto, una gran fogata! —y de un manotón arrancó las cortinas rojas del ventanuco y arrastró la colcha de la cama.

Desde ese instante los dos hombres y las mujeres se lanzaron en una desenfadada carrera para limpiar de rojo la casa. Corrían atropellándose, volteaban muebles, desparramaban ropas y trastos en una furiosa batida para que no escapase nada a la requisa del rojo, ni siquiera los platos con cenefa colorada.

En poco rato la casa quedó como batida por un vendaval. Afuera, rodeando la enorme pira de llamas rojas, rezaban de rodillas el viejo Algañaraz y Rosendo. La Rosario se golpeaba el pecho con un obsesivo ritmo de campana. Y la Justina de pie iba tirando a la fogata, una a una y muy lentamente las flores rojas que minuciosamente había cegado de los cercos y las macetas. Una brazada de malvones, corales y claveles.

El alba amarilla de los álamos sorprendió a la Rosario, inmóvil, de rodillas, frente al Cristo del Calvario. Tenía al angelito muerto entre sus brazos. Un repique estridente de campanas anunció con sonoridades de fiesta el Sábado de Gloria.

—¡Viva Cristo Rey, resucitado!

Por la solitaria explanada de las estaciones, enarbolando una botella de aguardiente, avanzaba en ridículos bamboleos la figura del «manosanta» al grito de:

¡Viva Cristo Rey, resucitado!

LA CRUZ NEGRA

El ómnibus destartalado y ruidoso jadeaba asmático por la huella entre nubes de polvo y humaredas pestosas de aceite quemado. El chofer le metía la primera como si fuera una picana y el carromato pegaba un sacudón brusco y bramaba en los repechos, para sacudirse, livianito, en las bajadas. Le llamaban el ómnibus de los «curaos» porque partía los domingos —larga la medianoche— desde colonia Tabanera a San Rafael. Sólo viajaban tres pasajeros. Dos cabeceaban adormilados quién sabe si por el vino o por el cansancio. El tercero, no había duda que acababa de salir del boliche. Canturreaba machacando las notas de la tonada con una voz de «curao», dolorida y enrabiada a la vez: «Eche otro litro e vino don Ceferino por caridá... quiero curarme al todo y dese modo olvidar».

Extrajo una botella que cuidadosamente protegía de los barquinazos con los pies y se la echó a pico. Buscó a los otros pasajeros y como los dos parecían demasiado sumidos en el letargo, se dirigió al chofer:

—¿Se sirve, jefe?

—Gracias, no tomo mientras manejo.

El hombre se revolvió intranquilo en el asiento. Había alcanzado ese grado de borrachera, anterior al sueño, que necesita de la comunicación eufórica, de la charla y el alboroto. Insistió con el chofer:

—Qué abusión, vea... están echando a la gente de Balde Viejo. Enredo grande ese... porque vea: mi compadre Feliciano Aguilera, buena persona el compadre, compró su tierra, se la vendió un dotorcito con plano y todo, vendió a mucha gente tierra que dicen

fue de los campos, cuantísimos, del viejo Tabanera... Y ahora ¡que no es la tierra dellos!... que es fiscal, tierra del gobierno, que nadie tiene título, y los echan... qué me cuenta. El gobierno, va a repartir la tierra, dicen. ¡Cómo se comprende eso de repartir lo que tiene dueño, eh!

El chofer lo espiaba por el espejo sin responder. El otro continuaba impertérrito:

—Que los han engañao, que nadie puede vender tierras fiscales... Y nada, los echan con la polecía ¿y pa qué apaga la luz, jefecito?

—Para que duerman los pasajeros.

El hombre que cabecaba en el asiento de la derecha se enderezó y observó atento por la ventanilla abierta como reconociendo el lugar.

—Se sirve, señor —se lanzó a la carga el borracho.

—No, gracias.

—Vea... si es para no creer —y se acomodó al lado del hombre, dispuesto a todo trance, a conseguir un interlocutor para su vino.

Totalmente ajeno a la poca o nada disposición del otro, continuó con la charla desordenada:

—Pa mí que yo lo conozco a usted... pero vea... el Delegado de Colonias mismo le dijo a mi compadre Feliciano Aguilera: «los han estafao, nadies tiene títulos...». Pa mí que yo lo conozco a usted. Pero mi compadre está bien aconsejado y no se va a mover de su tierra, él ni nadies... tienen ayuda de... vamos a ver quién puede con él, ¡ah!, machazo el gaucho Talquenca... pa mí que yo lo conozco a usted —y le arrimó la cara para reconocerlo en la penumbra del coche, al par que le aventaba un tufo a vino regurgitado.

—Vea amigo, acomódese en su asiento y no joda.

El chofer volvió a prender la luz barruntando gresca. Nunca faltaba un curao en ese maldito coche para hacer más pesado el viaje, pensó malhumorado el conductor.

—Si no es pa que desprecee, porque yo... ahí donde me ve...

—¡Pare, chofer!

—No es para tanto, el hombre está un poco pasao, nomás —medió el conductor.

—¡Pare, le digo, me bajo aquí! —empujando al borracho pasó casi sobre él y se acercó a la puerta decidido.

—A mí ningún hilachiento me va a venir atropellar —y se levantó encorajinado.

—Tiene razón —apoyó el tercer pasajero despabilado bruscamente del sueño y de la borrachera sin enterarse, siquiera, de lo que pasaba.

El conductor clavó los frenos.

—Aquí me bajo. Siga chofer... no ha pasado nada, compañero —y el hombre con un ademán que quiso ser cordial, saltó al camino.

Arrancó el ómnibus. El chofer se quedó pensativo: extraño el tipo ese, se me hace que algo esconde.

Comenzaba a clarear. Pero la noche se quedaba, todavía, encharcada en los barrancos. El fresco de la noche, porque las primeras luces anticipaban un día canicular. El hombre cortó a campo traviesa seguro del rumbo.

De pronto maduró el ímpetu del sol y un calor sofocante abrasaba el monte bajo, achicharrado, y ardía en la tierra despellejada, cuarteada por la sequía. El hombre no disminuyó el ritmo de la marcha. Conocía muy bien esas sendas polvorientas donde sólo medraban las lagartijas. Cerca de mediodía divisó el rancho. En un peñuscón de jarilla se echó para tomar respiro mientras observaba la huella hacia la vivienda. Luego avanzó despacio. Un perro con las costillas apenas sostenidas por el pellejo, lo olfateó y ladró sin entusiasmo. Detrás del animal asomó el dueño. Con la mano sobre los ojos se atajaba la resolana para distinguir al visitante. Y así lo encontró el saludo del otro.

—¿Cómo lo anda tratando la seca don Aguilera?

—¡Usted por aquí, nunca lo hubiera creído! Pase, estaba matiendo, es bueno pa la calor.

Aguilera se arrimó al fogón y el otro se dejó caer en una silla desvencijada con fondo de totora.

—Sírvase —y le alcanzó el mate.

A largas chupadas lo vació hasta el rezongo. Recién entonces, el visitante dijo a modo de introducción:

—Jodida se ha puesto la cosa.

Y luego explicó:

—Pensaba llegar al Diamante en el ómnibus, pero un curao comenzó a cargosear... y más bien corté para este lado.

Aguilera, a su turno, chupaba despacio la bombilla y callaba. En su cara apampada eran tan indescifrables sus emociones como sus años.

—¿Y por aquí qué se cuenta?

—Vea, pa mi mal consejo, deje al Feliciano... ya sé, es su compadre y le ha prometido ayuda pa que no le quiten la tierra... pero vea, ellos son muchos en Balde Viejo y usted anda solo y corrido.

—Sírvase —le alcanzó el mate— ya anduvieron por aquí intrusando los milicos.

Tuvo un estremecimiento de sorpresa el visitante, pero su voz sonó tranquila:

—¿Buscando?

—Gente pa las elecciones, dijeron, pa mí que buscan el rastro suyo.

—De fijo. Está jodida la cosa... pero los voy a despistar, alguien dio parte de haberme divisado por Malargüe.

—No se confíe mejor, le han largado partidas por todos laos y dicen que hasta perros seguidores tienen.

—Le voy a dejar unos pesos por el caballo, lo necesito. Y esto otro se lo alcanza a la Lucía. Si no vuelvo... —cortó la frase y dejó en la mesa sucia un sobre sobado y unos billetes más sobados aún.

—Voy a campiar el tordillo, entonces —y salió Aguilera con el cabezal al hombro.

El visitante se quedó en la puerta del rancho, pensativo. Sí, lo estaban cercando. Lo culparon del asalto al Banco y de la muerte del sereno, todo porque había soliviantado a los colonos de Balde Viejo y hasta armas les dio para resistir el desalojo. Y ahora lo buscaban como si fuera un vulgar asesino. No. Él fue cuatrero y contrabandista. Eso sí. Pero jamás despachó a un tipo si no fue en defensa propia. En cambio, siempre acudió en ayuda de los necesitados porque «los pobres debimos de favorecernos los unos a los otros a falta de justicia» como repetía siempre su finada madre.

Apareció Aguilera con el tordillo de tiro y le acomodó los aperos.

Sin más cambio de palabras montó el visitante, con apenas un lacónico:

—Hasta más ver, don Aguilera.

—Que Dios le ayude —respondió el aludido.

Partió hacia el sur. Cambiaba otra vez el rumbo. Si habían pasado por el rancho era indicio seguro de que vigilaban sus movimientos en toda la zona. Y le habrían cerrado hasta la última salida. Ahora sí, era un prófugo perseguido.

—Jodida se ha puesto la cosa —se repetía bajo un sol de fuego por médanos y chañarales.

El hambre y la sed también le ponían cerco. Sobre todo la sed.

—Agua —pensó en voz alta.

Y la voz le sorprendió como si no fuera la propia. Azoto fuerte al tomillo para arrancarle voluntad. El animal cabeceó irritado sin apurar la marcha. Tascaba el freno, sacudía la cabeza. La sed. Es la sed, no va a llegar si lo apuro mucho, pero si alcanzo el ramal nuevo, a la madrugada pasa el tren frutero, qué buena es la sandía en la siesta, roja, fresquita, el viejo Aguilera le va a dar el aviso a la Lucía, ella con la boca siempre en risa blanqueándole los dientes como choclo desnudo, estaba asustada la última vez, pero si no me van a agarrar ¿cuándo fue? Uy, cuánto ha, si el Panchito era guagüita y ya va pa los siete, qué ganas de verlo... ¡el agua! Pucha si el macarrón ahora se me aplasta, y me tiro para la Villa Vieja, quién me va a buscar en lo del Domingo, renunca lo pueden sospechar... pero de dónde, tengo que volver y cruzar el río, único por el ramal nuevo, y esta huella ¿qué se contiene?

El ladrerío de los perros lo arrancó de las cavilaciones. Un muchachito salió disparado dando voces. Y ya estaba la mujer mirándolo espantada.

—¡Agua, deme agua!

El caballo había olfateado la aguadita, por eso agarró la huella y ahora tironeaba para acercarse. El chiquillo se escabulló por detrás del rancho con la evidente intención de reclamar auxilio. Entonces tuvo que sacar el arma y ordenarle a la mujer, clavada en el sitio por el susto:

—¡Llame al muchacho! —mientras desmontaba.

La mujer obedeció, entontecida por el miedo, las indicaciones perentorias de ese hombre con cara de loco y ropa desgarrada por el monte pinchado. Un tacho con agua para el caballo, que trajo el chico, mientras ella le acercó un jarro al hombre y un envoltorio con queso de cabra y pan.

Volvió a montar antes que el animal apagara del todo su sed y advirtió amenazante:

—Que nadie se mueva de aquí o lo van a pasar mal.

Ya lejos del rancho pensó que había obrado con precipitación. Fue una imprudencia mostrar el arma, debió haber tranquilizado a la mujer. Es que la sed y el hambre lo vuelven a uno como las bestias. Ahora tenía que pensar claro. Declinaba la furia del sol. Mejor apurar, alcanzar la vía o de no... la pucha este matungo no agarra paso... icarajo!, si está aspiado, ha perdido una herradura, horita se me va a mancar ilo que faltaba!

Así fue, al caer la tarde, el animal no dio un tranco más, quedó como clavado a pesar del castigo brutal. El hombre sintió por primera vez algo así como la desolación o la imponentia. Se colgó el bolso de cuero al hombro y echó a andar con la idea fija de llegar a la vía férrea como si allí centrara toda su posibilidad de huida. Llegó la noche. Una lunita nueva quedó colgada de los cerros y las chicharras inundaron las sombras con su chirrear de juguetes mecánicos. Y de pronto allí estaban las vías. Se tiró casi encima de los durmientes con el corazón que lo cundía a golpes.

Seguramente se durmió porque el ruido sordo que transmitían los rieles lo despertó sobresaltado. A lo lejos un ojo redondo de luz, avanzaba. No era un tren de carga. La zorra con una cuadrilla de obreros. Si hubiese sido un tren de carga... pero ya no tenía arreglo. Ahora estaba tirado en el potrero de pasto. De alfalfa verde, fresca, con ese pasoso aroma dulzón de sus florecitas liláceas que él iba aplastando a medida que se arrastraba para alcanzar aquella distante trinchera de álamos. El canal. Por allí corría el canal, una buena vía para desplazarse. Porque los obreros ya habrían dado cuenta a la policía sobre el desconocido que en mitad de la vía los obligó —arma en mano— a transportarlo hasta el cruce del río. Fue un error. Ya no tenía arreglo.

El sol estaba alto, media mañana sería. Se había arrastrado tanto que tenía la ropa verde y rotos los pantalones en las rodillas. Se sentó para prender un cigarrillo. El paquete se lo había exigido a uno de los obreros. Bien cobardotes los tres ¿y yo? Arrastrándome como una culebra asquerosa, si es pa no creer, ¿miedo?, sí, también tuve miedo aquella vez, pero para hacerle frente, como que fue bien desgraciado el encuentro aquel cuando pasábamos una puntita de arreo por el Pehuenche y en lo mejor que hacíamos noche nos cayó la aduanera a balazo limpio, me alcanzó un tiro en la pata y me di por bien servido porque el Vargas quedó con el espinazo roto, pero bajé un milico y ése tampoco contó el cuento, aquello era de machos, pero arrastrarse por un potrero. Ya estoy lejos de la ruta, más bien corro agachado hasta la trinchera.

Se dio cuenta de que estaba hablando en voz baja y se sorprendió receloso. Asomó la cabeza espiando por sobre la marea lilácea de la alfalfa en flor. Nada. Corrió encorvado. La pucha, se me han pelado las rodillas, ni beata haciendo penitencia ¿y eso? Un relincho, animales del campo, deben haber empezado la siega, seguro, más de un metro, buen pasto, sin caballo, ahora, pa qué, pues, caballos y si fuera la policía, no todavía no.

Llegó a la trinchera con el corazón que le rompía la pared del pecho. No corría agua por el canal y el lecho hondo y fresco de arena húmeda era una excelente ruta. Tranqueó firme mordisqueando tallos tiernos de hinojo porque ni saliva le quedaba en la boca. Entonces oyó nítido un ladrerío distante. Escuchó. Ésos no eran perros de los ranchos, los conocía muy bien. Ésos eran otros porros. Lo estaban cazando con perros. Si le habían olfateado el rastro estaba perdido. Desgraciados, a un cristiano bien macho largarle perros como si fuera perdiz o zorro, pero les va a resultar tigre, carajo.

Entonces oyó el tropel de caballos y una bala silbó entre los álamos. Quieren que me descubra, no se joden, las balas las guardo pa gastarlas bien en el cuero de los milicos.

Ahora le había subido el coraje con la indignación. Corrió decidido, había divisado la compuerta de la toma. La idea era salvadora si la suerte lo acompañaba. Y lo acompañó. No estaba con candado. Rápidamente rotó los brazos de hierro y la

compuerta subió hasta que una avalancha de agua gredosa buscó el cauce del canal que acababa de transitar. No quedaría ni rastro para orientar a los perros. Ni la ropa harapienta que se tragó la correntada del agua. Con la muda limpia —bien advertido fue al meterla en el bolso— era otro hombre. Y otra la suerte, nadie muere la víspera, compañero, rato les va a llevar la cacería.

Iba tirado en la parte trasera de una chata sobre una carga de pasto.

A media tarde estaba cerca de la Villa Vieja. Marchaba a pie, descansado, por el camino desierto. En la casa del Domingo estaría seguro. A quién se le podía ocurrir buscarlo allí. Estaba animoso. La suerte le había acompañado. De todos modos era mejor ser prudente. Ya cometió bastantes errores. Por eso, prefirió esperar la nohecita para entrar en la Villa. Anduvo merodeando en busca de un lugar tranquilo hasta que divisó los tapiales. Se acercó. Era una antigua casa en ruinas de la que sólo quedaban las paredes de adobones señalando sus antiguas dependencias. Entró con precaución. De pronto un rumor de voces lo puso alerta. Empuñó el arma y se asomó por un viejo dintel. Los niños quedaron inmovilizados en la pantomima del juego. Uno de ellos —el mayor, doce años tal vez— las manos amarradas a la espalda, estaba de pie, erguido, airoso. Frente a él los otros dos —apenas siete u ocho años— le apuntaban con improvisadas carabinas de palo.

—¡Bah, se me hacía que eran zorros! —quiso disimular el hombre—. Éste es el bandido y qué echurías ha cometido, a ver.

Pero los niños estaban asustados. Realmente asustados con el arma que el hombre trató de ocultar. Fueron inútiles sus esfuerzos por distraer a los chicos y quitarles la mala impresión que indudablemente llevarían a sus casas. Los niños respondían con monosílabos. No podían recuperar la tranquilidad. Los tendría que retener por la fuerza hasta la noche. Entonces el más chico mirándolo de frente dijo:

—Nos vamos, mi mamá no quiere que vengamos pa los tapiales.

¿Qué hubo en la mirada dulce del chiquillo que le impidió detenerlos? Fue como un ramalazo de sentimiento que lo ablandó. Porque, por un instante, lo miraron los ojos del Panchito, su hijo. Quedó desorientado. Más que desorientado, anegado de un

fatalismo irreversible. Se sentó en un adobón de los varios que los niños utilizaban en sus juegos. Entonces miró la cruz. Él no era aprensivo. Por eso la había sacado del nicho que encontró en esa huella perdida. Quién sabe qué cristiano murió allí de muerte violenta. Y para que no penara su ánima se le prendían velas en el mismo sitio. Era la costumbre. Con la cruz a cuestas había invocado la promesa de llevarla hasta la tumba de su madre y nadie pudo negarle su vehículo para acortarle el camino en el cumplimiento de tan piadoso cometido. La cruz negra, de hierro, una alta cruz negra, había sido su insospechado salvaconducto. Pero ahora... no era que él fuera aprensivo, que creyera que las ánimas... al fin fue como una ayuda en trance difícil... pero ahora no le gustaba mirarla, tenerla delante. Se levantó y la sacó de su vista. Luego, otra vez sentado, revisó despaciosamente sus armas —dos buenas pistolas—. Buscó las balas en el bolsón, y las contó. Cuarenta y una. Justo su edad. Una bala por cada año. Para defender cada año de su vida. Las distribuyó en sus bolsillos cuidadosamente. Apoyó la espalda en la pared. Qué cansancio, qué bueno sería dormir. Seguramente se durmió un rato porque despertó sobresaltado. Su instinto le decía que algo se movía afuera. Escuchó. ¿No parecían resoplidos de caballos? Y voces muy bajas o lejanas ¿serían ellos? Saltó para salir. Se detuvo. Y si lo habían rodeado. Se las ingenió para espiar. Un caballo ensillado solo. No, el jinete estaría abajo, escondido en los montes. Claro, montura de la policía. Y allá, otro caballo, la culata le veía, nada más. ¿Y si no eran ellos? Sólo una forma había para averiguarlo, asomándose. Pero, no, carajo, horita me matan en la primera vuelta. Se acercó agachado a un paredón y muy despacio asomó el sombrero colgado en un palo de los que dejaron los niños. Ya pensaba con satisfacción que todas fueron figuraciones suyas, cuando una bala silbó sobre su cabeza y volteó al sombrero.

—Ha llegado la hora, compañero, tu hora contada. Una bala por cada año. Bien caro les va a costar mi pellejo.

Reconoció con aplicada atención los rincones más estratégicos para una ofensiva con el mínimo de riesgo. Y comenzó a disparar. No tenía forma de constatar si los tiros daban en el blanco. Eso lo exasperaba. Pero más lo exasperó el que no respondieran a su

envite. ¿Qué se proponían? Gastarle el coraje por la rabia o convertirlo en un conejo asustado. Descargó con lentitud las dos pistolas tratando de barrer en línea una supuesta trinchera. Nada. Volvió a repetir la operación desde otro ángulo con más riesgo. Relinchó un caballo. Lo alcanzó, sin duda. Pobre bicho, venir a matarlo, bruto noble, no hay otro, hay que saber lo que es en la montaña, el tordillo de don Aguilera también quedó en el campo, fue gaucho el viejo, no por nada le dejé unos pesos, él sabe que la quiero a la Lucía, que si no fuera esta vida puta, él también la quiere, rigor fuera, es su hija, lo que nunca iba a pensar es que venía a verlo al Domingo, está bien que el Domingo es... pero de algo hay que vivir y darle de comer a los hijos, si hubiera seguido derecho pa las casas y no que vengo y me meto aquí.

Entonces desde todos los costados sonaron tiros que rebotaron multiplicados entre los cerros.

—¡Ahora sí que se pone caliente! —cortó sus reflexiones el sitiado.

Corrió para disparar desde otro tapial. Las descargas exaltaban de nuevo su coraje. Tropezó en algo, era la cruz negra, la pateó con rabia. Se manoteaba los bolsillos buscando las balas que disparaba con fruición. Hasta que de pronto se dio cuenta que sólo le quedaba una. Se detuvo en seco, como golpeado. Afuera se abrió una pausa de silencio expectante. Entonces oyó una voz distorsionada que urgía:

—¡Entréguese! Entréguese que está rodeado.

Él meditaba sobre el destino de esa última bala. La voz a pequeños intervalos repetía:

—¡Entréguese, no tiene salida!

Era cierto lo iban a matar como a una rata. Lo habían cazado en la trampa. Y la voz, esa voz deformada y voluminosa lo exasperaba en lugar de asustarlo. Gritándole con un altavoz de esos con que vocean los verduleros ivendo sandías caladas y melones por docenas!

—¡Entréguese! ¡No saldrá con vida de ahí, está cercado!

—¡Por la puta, ahora me vocea la vida ese maricón, a escondidas y de lejos!

Y en un arranque de furor se plantó a descubierto. En el descampadito ripioso, frente a las ruinas, su figura al contraluz, adquiriría relieves de un dramático e inútil arrojo.

—¡A ver, ese que me grita escondido en la lata esa, que salga y me tire de frente! ¡A un hombre con los güevos en su lugar no se lo mata arrinconao como una rata! —y quedó plantado, retador, agrandado en el coraje.

Nadie respondió. Sólo el rumor lejano del río entraba en la tarde como el pulso inextinguible de la tierra.

—Si no hay un hombre que los tenga bien puestos pa matar de frente a mí me queda todavía una bala.

Calmosamente se dio vuelta y dio dos pasos. Al tercero cayó, perforada la nuca por un certero balazo.

Una alta cruz negra, de hierro, coronaba el nicho que levantaron en el mismo lugar en que cayó Talquenca.

Nunca faltaban flores, ni de noche velas encendidas, porque de esa cruz contaban una extraña historia. Había aparecido misteriosamente en los tapiales el mismo día que mataron a Talquenca. Más precisamente, la tarde en que Domingo Aguilera —agente policial— salió con el comisario y otros cuatro hombres para capturar a un desconocido armado que amenazara a sus propios hijos mientras jugaban en las ruinas.

Domingo Aguilera, era hermano de Feliciano Aguilera y de la Lucía, la viuda de Talquenca.

LA ÚLTIMA CUENTA

Entre cigarro y mate, mate y cigarro, pasaba las horas. Pasaban los días y seguía esperando. Todos los días iguales. El viejo que soltaba las cabras de mañana y entre los ladridos encarrerados de los perros, trotaban cerro arriba por las picaditas que ellas mismas habían abierto. Verlas bajar de tarde, lentamente, moteando de blanco la cuesta. Y dejar pasar las horas entre cigarro y mate. Mate y cigarro. Porque, qué otra cosa podía hacer en el puesto Agua de las Chilcas. El nombre, nomás, le había quedado. Puesto fue antes, cuando el viejo vivía con la Flora y tenía un buen piño de cabras para ordeñe y hasta queso para la venta, sabían preparar. Después de casi tres años la Flora murió de parto —el primero— ahí en el mismo rancho, sin que el viejo ni la comadrona doña Sista, tan sabida en esas cosas, pudieran hacer nada. Ni siquiera por el crío, que nació sin aliento ya, apenas un bultito de carne amoratada. Él, que había visto parir a tanta cabra con la facilidad de un hecho meramente cotidiano, no pudo comprender la muerte de la Flora, ni menos resignarse. Porque el viejo era hombre maduro cuando se trajo a la Flora para que le diera hijos y compañía. Volvió a quedarse solo como había vivido siempre. Pero el abandono y la pena le marcaron bien pronto la vejez, si no en el cuerpo, que siempre fue magro, en la cara, hecha un entresijo de arrugas. Recrudecieron, entonces, las murmuraciones de la gente que, de antes, habían recelado de su vida solitaria «porque hombre que vive solo y se entiende con los animales, no es buen cristiano»; patente se vio con la desgracia de la Flora... ique no fueran celos del *familiar*, nomás! Quién sabe... con las solas cabras estaba aquerenciado, el viejo. Bueno, a él poco le importaba ya. La Flora

estaba muerta y aunque fue su media hermana, el viejo siempre se había mostrado acomedido con él, como ahora que lo había recibido en el rancho sin preguntarle qué se traía, ni para cuándo se iba. Así de callado era el viejo.

La tarde se estiraba como tantas, lenta, pegajosa, con un silencio apelmazado. Ni un perro que le hiciera bulla. Porque el viejo se los llevó a todos —eran cinco— empeñado en seguirle el rastro a un zorrino que le andaba rondando los chivitos. Le pesaba el silencio al Ponciano. El silencio y la soledad. Estaba sentado a la puerta del rancho mateando. Horas ya. Se limpió el sudor de la frente y por el ángulo que formaba brazo y antebrazo, lo vio aparecer por detrás de las pencas, con caballo y todo. Ni tiempo de arrancarse ¡Maldito sea, lo habían pillado sin perros! Pero ¿qué no era...? Y se le encendieron los ojos con una lucecita de esperanza.

—¡Buenas! —dijo el de a caballo.

—Buenas... ¿que no sos vos el Cobián?

El recién llegado apenas pudo disimular un gesto de disgusto. No le caía bien ese trato confianzudo.

—Soy Cobián, Francisco Cobián ¿y vos de dónde salís conociéndome?

—¡Vueltas que tiene esta vida perra! Hacé memoria.

El Cobián no necesitaba hacer memoria. Era un tipo capaz de guardar una ofensa por largo tiempo y cuidarla celosamente, para ir juntando rencor, hasta que llegara el momento de cobrársela. Y había llegado ¡vaya si tenía vueltas la vida!

—Hacé memoria... allá, por el paso de La herradura, cuando los pacos nos tupían a plomazos y vos...

—Yo nunca fui cuatrero.

El Cobián se quiso entregar mansito cuando los descubrió la patrulla, y él le había gritado «guacho cobarde, muerto te voy a entregar. ¡Si no te matan ellos, te mato yo!».

—No serías cuatrero, pero estábamos en el mismo bando y ahora...

—Como veís, ahora tengo uniforme y ando buscando a un tal Ponciano Loja, el Chileno, que le dicen por mal nombre. ¿Lo conocís? —y su mano derecha se afirmaba ostensiblemente en la cartuchera.

—Siempre tuviste cara de milico y gusto por el uniforme —y el Ponciano se incorporó lentamente, todavía con el mate en la mano.

Echó una mirada inquisitiva como si buscara algo en qué aferrar su defensa. Y sólo encontró los cerros calvos, las quebradas ariscas y el cielo barrenado por la brasa del sol.

El Cobián se había deslizado por la cabalgadura con el arma empuñada. Una sonrisa de suficiencia subrayó su explicación:

—¡Había sido tan fácil la captura del tan mentado Chileno! Mirá, le tengo gusto a la vida y no me dejo agujerear el pellejo al puro cuete. Y vos tampoco me figuro. Así que, solté el mate. Despacio... levantá los brazos... date vuelta.

Lo palpó y le sacó el cuchillo del cinto. El caño de la pistola apoyado en la espalda del Ponciano le soplaban el resuello frío de la muerte. Sabía que al menor movimiento, el Cobián que nunca tuvo mucho coraje y que lo odiaba precisamente porque él fue testigo, muchas veces, de su flaqueza, le vaciaría sin asco el cargador en los pulmones. Y lo dejó hacer sin pestañear, hasta que sintió el frío del metal en las muñecas. Entonces bajó los brazos y dijo lentamente:

—Ahí está, Cobián, en donde te metís a cobrar cuentas ajenas es que peligra el pellejo al cuete.

—¡Andando, compadre! La cuenta se la cobrará el comisario por el «trabajito» ese que le hizo, hace dos semanas, al capataz de la mina La Picasa. Y la cuenta mía, vieja, la acabo de cobrar. ¡Échele por la huella, más abajo lo serviré con una monta! —y le seguía en la cara la sonrisa despreciativa y tirante como una cicatriz.

El Ponciano que de común era hermético y apenas si contestaba con monosílabos que devolvía como a pedradas, se le desataba la lengua con el alcohol o con la rabia. Y ahora, la rabia le hervía en la sangre y le enturbiaba las ideas. Ni un manotón le dejó dar el guacho cobarde del Cobián isin perros lo había pillado! Justo esa tarde al viejo se le ocurre seguir el rastro del zorrino con todos los perros.

—Vos sabís, Cobián que siempre me he valido a lo macho y en justicia. No me dejo basurear por los que mandan. Eso es todo. Y el capataz se la buscó solito.

—Yo no le pido cuentas a usted, para eso está el comisario —y ahora le recalaba el usted para que apreciara bien la diferencia que establecía el uniforme en funciones.

Por la huella abajo iban los dos. Adelante el Ponciano y casi hociéndole la espalda, el caballo del Cobián, al paso. Como las cinco de la tarde debían ser y la brasa del sol se pegaba en la espalda de los hombres. Los ojos del Ponciano recorrían insistentes el paisaje por si viera aparecer al viejo, a los perros, a las cabras, como para no sentirse tan miserablemente solo y burlado y rabioso. Pero no encontraba más que los faldeos con el brote sucio y chato de los quiscales.

—Cobián...

—Diga, nomás.

—Vos sabís bien que tengo güevos pa defender lo mío y lo de otro. Por eso aquella madrugada cerca de la frontera ¿te acorday que se nos cruzaron solitos los pacos? Sin maliciarse nada, pidieron las guías del ganado. Y yo les tuve que enseñar la guía pa el otro mundo. O ellos o nosotros. Vos sabís como son estas cosas. El que elige primero gana... si se tienen güevos pa elegir.

—El comisario me dijo anoticéese por los puestos, no puede andar muy lejos el Chileno.

—En el barranco quedaron. Y arreamos con las cabalgaduras sin jinetes, para venderlas del otro lado, alvertiste vos.

—Y vengo derecho al Agua de las Chilcas para noticiarme... vean que fue fácil.

—En otra vuelta ¿te acorday? Le vaciaste toda la carga a un peñasco que se te figuró, en la sombra, un hombre en agüeite, y se alborotó todito el ganado con el estruendo y no había forma de rodearlo en lo oscuro de la noche. No, no era trabajo para vos... era trabajo pa machos, nomás.

¿Qué se proponía el Ponciano con ese recuento de atropellos compartidos, donde siempre quedaba en merma la hombría de Cobián? Ni él mismo lo sabía. La rabia le soltaba la lengua y trataba de organizar su furia pensando en voz alta. A él, que nadie se jactó de madrugarlo nunca, viene y lo madruga, tan luego un cobarde, disimulado en el uniforme. En la turbionada de su

indignación solamente una cosa tenía clara, cobrarle al Cobián esa cuenta que acababa de abrirle a costa de su hombría. Pero cómo.

—Entre que le disparen a uno por la espalda en «los pasos», es mejor disparar primero desde el uniforme... entonces me metí a la policía para que no me achacaran más muertes ni cuatrereos —y se sonreía enfiestado el Cobián.

—En muchas vainas nos vimos juntos y yo siempre te di una mano.

—Porque no me pudiste dar una cuchillada, ganas no te faltaban... ¡a tiempo me hice milico!

Al doblar un recodo de la huella se enfrentaron con un zaino oscuro atado a una jarilla. Bajo el sol zumbador, el caballo ensillado tascaba el freno y alargaba el belfo en un esfuerzo inútil por comer las matas verdes que asomaban por las orillas del hilito de agua de la vertiente. El animal sacudía la cabeza inquieto, y era como si saludara con su estrella blanca en la frente.

—Bien plantao mi zaino patiblanco, pero no es su monta, compadre. «Calzao de tres ni lo prestes, ni lo des». Así es el dicho y a él me atengo. A más que me gusta el zaino y es mío, este otro, es un matungo de la policía y él lo llevará a su destino.

Se había bajado del caballejo y palmeaba al zaino, orgulloso. Lo desató y montó. Como viera que el Ponciano permanecía mudo en mitad de la huella, mirando sin ver, a lo lejos, metido de pronto en una hosquedad agresiva, lo conminó:

—Monte como pueda, porque no le pienso librar las manos —le echó su caballo casi encima— y no se me retobe que aquí estamos solitos y las guías las doy yo.

El Ponciano se volvió hacia la cabalgadura y con maña, más un empujón que le dio el otro, pudo montar.

—No me gusta llevar su mirada a la espalda, así que marche adelante —dijo el Cobián, y azotó el anca del caballejo que arrancó con un trotecito áspero.

El Ponciano no abrió más la boca. Se le achicaron los ojos entre el ceño que le encogía la rabia, mientras el corazón le golpeaba recio de puro coraje contenido. ¡Pucha con la suerte perra! La media vez que se había puesto a cinchar para ganar unos cobres —honradamente por darle gusto a la Luisa, nomás— viene a

toparse con el tipo ese, que vaya a saber por qué, les guardaba tanto encono a los chilenos. El Emérito Sosa —su compadre— le había aconsejado: «pedí el despido y andate, mirá que te vas a desgraciar con el capataz, te ha tomado ojeriza y en cuantito te agarre torcido, lo vas a malear fiero... vos no sos para aguantar provocaciones». Y él había tomado buena cuenta del consejo. Al cobrar la quincena se iba. Pero no alcanzó a cobrarla. Esa tarde al terminar de cargar el mineral en el último camión, el capataz lo nombró con un gruñido.

—¡A vos te hablo, Ponciano Loja!

—A mí ¿qué le pasa conmigo?

—Que aquí nadie me vueltea y se hace el guapo, los vagos sobran.

—Yo cumplo como el que más, pero no se busque pleito conmigo porque...

—¡Eso es todo lo que tenís que decirme, roto cuatrero, ladrón como toditos los chilenos! —y levantó el brazo para golpearlo.

Pero no alcanzó, porque Ponciano Loja, el Chileno, rápido como el rayo, le hundió el cuchillo entre las costillas. Nadie intentó detenerlo, más bien lo ayudaron a escapar. Esa puñalada sumaba el rencor que la prepotencia del capataz había incubado en casi todos los mineros.

Por el lado de la montaña, grandes nubes negras avanzaron hasta casi cubrir el cielo de la tarde. El lumbrarazo de los relámpagos anticipaba el trueno que se perdía rebotando en las quebradas.

El Cobián comentó contento:

—¡Linda tormenta! Va a llover que es gusto. Buena falta que hace en el peladero de estos cerros, meses que no llueve.

Un vientito fresco trajo el olor fuerte, grato y excitante de la jarilla mojada. Hasta las bestias aspiraron con gusto el viento oloroso a lluvia. Y las primeras gotas comenzaron a caer, pesadas, una aquí y otra allá, como si las fueran contando. De pronto, al restallido de un trueno seco y largo, las gotas arreciaron con furia hasta convertirse en una densa cortina de agua.

Al Cobián se le quitó el contento. En un abrir y cerrar de ojos quedaron remojados y el viento comenzó a vapulearlos entre

remolinos de agua. Se adelantó y tomó las riendas del caballejo que montaba el Ponciano.

—Vamos a bajar para hallar un reparo en el cañadón —grito casi— ¡viene brava la tormenta!

Y se metieron en el río seco, el milico tirando el caballo del preso, en busca de un resguardo. Con la tormenta encima y baja, los truenos restallaban en estampidas ensordecedoras. El agua caía a baldazos y no dejaba ver ni a dos metros, delante. Los animales asustados se negaban a seguir. El zaino —buena sangre y joven— se encabritó al castigo de su jinete y temblaba hecho un haz de nervios. El otro, viejo y acostumbrado al maltrato, soportaba con resignación. Pero ninguno de los dos se movió del sitio. Aguantando el diluvio quedaron —milico y preso en enojosa proximidad— en lo hondo de la cañada.

La media hora que duró la descarga más violenta del vendaval le pareció larguísima al milico. Porque esa eventualidad ni remotamente pudo preverla. Y porque el silencio tan próximo y agresivo del Ponciano le ocasionaba un vago malestar.

Aún llovía fuerte pero ya era posible —y prudente para el desasosiego del Cobián— salir para la huella.

Desmontado, empezó a acariciar despacio al zaino para sacarle el miedo. Luego, el Cobián le aflojó la cincha para arreglar los pellones. En eso estaba. El Ponciano fue el primero en darse cuenta. Y, aunque conciente del peligro, la esperanza le hizo movilizar todos sus recursos. Recogió cautelosamente las riendas de su caballo, se afirmó en los estribos y esperó atensando todos sus músculos. El Cobián levantó la cabeza de golpe, como escuchando.

—¿Y eso? —preguntó.

El Ponciano lo miró sin contestar, pero en su cara, la sombra agresiva había dejado paso a algo así como una mueca retadora, que podía traducirse por un «ahora me vas a contar pa qué te sirve el uniforme»...

La respuesta la gritó el mismo Cobián.

—¡Creciente!

Con desesperación manoteaba los pellones y la cincha para montar y salir cuanto antes del río seco por donde se anunciaba

bramando el aluvión.

El Ponciano, alerta como estaba, tiró fuerte de las riendas —aún con las manos engrilladas— le hundió los talones en los ijares al caballejo y arrancó cuesta arriba.

La primera avalancha de agua traía el fragor sordo de un trueno, con el rodar de piedras y peñascos que desde arriba arrastraba la fuerza impetuosa de la creciente. Pero el grito del Cobián le llegó clarito al Ponciano. Volteó la cabeza y lo vio trepar gateando entre los yuyos, el agua chicoteándole las piernas.

—¡Pará, pará, Ponciano!

El aludido, bien a salvo de la correntada, detuvo al caballo y se dio vuelta para observar detenidamente. El zaino en medio de la cañada, convertida ahora en río arrollador, luchaba sin éxito por ganar la orilla.

—¡Bajá, ayudame, hay que cuartearlo! ¡Pronto, bajá! —gritaba desgarrado el milico.

El Ponciano alzó los brazos en un gesto mudo, para mostrarle que nada podía hacer maniatado como estaba. Pero al mismo tiempo se deslizó de la montura y quedó frente a la correntada esperándolo. Llegó resollando de susto y esfuerzo el Cobián. Frente a las manos esposadas que el preso le mostraba tuvo un gesto de vacilación y duda. Lo miró hondo en los ojos como si quisiera leerle la intención. Otra vez el peligro los ponía del mismo lado. Y otra vez él —el Cobián— recurría a la mano del otro. ¿No era esa la mejor ocasión para que el Ponciano le cobrara su cobardía? Un relincho desesperado del zaino lo sacó de dudas. Libró las manos del preso y bajaron los dos hasta encontrar la distancia conveniente y el terreno más firme para la maniobra.

Solamente la cabeza tenía afuera del agua turbia el zaino. Y como si hubiera comprendido la inutilidad de sus esfuerzos se había quedado quieto. O es que estaba trabado entre la ramazón del monte que arrastraba la creciente.

El Cobián admitió tácitamente la superioridad de su detenido al pasarle el lazo para que pialara el animal en peligro. El Ponciano obedeció calmo, silencioso y seguro. Sobre todo, seguro. Y eso —la seguridad— es lo que llenaba de temor y desconfianza al milico. Pero su zaino valía ese riesgo y muchos otros. De todos modos,

guardó prudente distancia. Y le hizo notar al detenido que el arma estaba pronta por si tenía alguna mala ocurrencia.

En la primera vuelta, el lazo cayó redondo en la cabeza del zaino. No por nada tenía fama de bueno el Ponciano para enlazar, hacienda robada, claro, pero eso no venía al caso.

—¡Andá, acercá tu caballo, mientras sujeto el pial, así lo cinchamos! —ordenó a gritos el Cobián para hacerse oír.

En ese instante el zaino golpeado o herido por las piedras de la correntada, dio un estirón desesperado. Su propio impulso lo zafó de lo que, evidentemente, había sostenido contra el empuje de las aguas, hasta el momento. Y la violencia de la turbionada arrastró a la bestia con lazo y hombre detrás. El alarido lo alcanzó al Ponciano justo cuando llegaba al lado del caballejo policial. Y al darse vuelta, dos instantáneas y opuestas reacciones lo sacudieron. Por una fracción de segundo, porque su decisión estaba tomada.

El zaino había desaparecido tragado por el aluvión de aguas gredosas. Y sujeto precariamente de la ramazón pinchuda de un chañar arrancado de cuajo, el Cobián, con sólo la cabeza fuera de las aguas turbias, desorbitados los ojos gritaba:

—¡Vení Ponciano, me ahogo... vení, ligero, vení...!

Ponciano Loja, el Chileno por mal nombre, montó calmosamente su caballejo, le clavó los talones y gritó sin mirar atrás:

—¡Estamos a mano... ésta es la última cuenta que cobrás con el uniforme!

EL «FUTRE»

—**P**atente vi la luz para el lado del río —comentó el Chirigua.

—No puede ser, no está de ese lado y falta mucho, todavía —arguyó Sosa.

—Ya lo sé, será otra cosa. Pero de verla, la he visto.

—Por aquí no vive nadie. ¡Ni los perros andan por este camino! —concluyó Sosa.

—Si hubiéramos conseguido caballos, otra cosa sería. Ahora hay que pegarle duro, tenemos que llegar al refugio de piedra antes que aclare —interrumpió Modesto Pavón que encabezaba la marcha.

—¡Mirá, mirá... no digás que no es una luz aquello! Del otro lado se ve ahora —tironeó a Sosa el Chirigua, que marchaba último.

—Yo no veo nada, che... serán tus ojos —rezongó el otro.

Modesto Pavón se paró de golpe.

—Oigan... ¿no es un galope?

En la noche quieta de la serranía sólo palpitaba el rumor sordo del río, allá abajo, en la barranca.

—No, te ha parecido —opinó Sosa.

Y siguieron la marcha, ahora en grupo.

—Si hubiéramos conseguido caballos... el camión recién va a subir mañana al caer la tarde —volvió a lamentarse Modesto Pavón.

Un aire frío bajaba de los cerros y las estrellas parpadeaban indecisas en el cielo neblinoso.

—Ahora sí te creo que es la luz del oratorio —dijo Sosa.

—¿Vos creés? Yo la he visto moverse del lado de la barranca y la virgencita está del otro.

—Y allá es donde te digo. Mirá... bueno ahora no la veo.

—Con las vueltas del camino y los montes, se pierde, eso es todo. Pero ya tenemos que estar cerca. ¡Vamos, métanle! —ordenó Pavón apurando la marcha.

Cerca de tres horas habían avanzado por el camino —el antiguo «camino de la costa»— cuando el Chirigua se adelantó contento:

—¡Allí está!

Los tres hombres se acercaron al tosco nicho cavado en la roca. El estrecho agujero, negro de humo y chorreando de estearina, guardaba una imagen de la Virgen de los Caminantes, bastante maltrecha, la pobre. La llama humosa y vacilante de un quinqué le animaba el rostro con extraños visajes. Porque nunca faltaba —a pesar de la distancia— alguien que llegara expresamente allí, para cumplir una promesa y dejara una luz o un paquete de velas.

El Chirigua se persignó y murmuró algo entre dientes.

—¿Vos creés en la virgen? —le preguntó Sosa al observar sus ademanes.

—Bueno, en algo hay que creer, qué diablos.

Modesto Pavón con un criterio muy práctico se adelantó y dijo:

—Nos llevamos las velas, a lo mejor nos hacen falta.

—¡No, las velas no, por favor, son *mandas* a las ánimas! —rogó el Chirigua.

—A ver si ahora vas a salir siendo supersticioso. Sosa, apagá la luz, también, va a ser mejor —ordenó Modesto Pavón.

El aludido estuvo de acuerdo con la orden, pero cuando sopló la llama no pudo reprimir una mirada recelosa a la imagen. Y rápidamente tras el soplido, garabateó la señal de la cruz, por las dudas, aunque no creía.

Siguieron la caminata de a uno en fondo, en el orden que tácitamente se estableció desde el comienzo. Primero Modesto Pavón, le seguía Sosa y cerraba la marcha el Chirigua. La noche fundía el rumor de sus pasos con el canto de los grillos y el tumulto asordinado de las aguas del río.

El Chirigua debía su apodo a su desmedrado físico. De ademanes inquietos, parecía moverse a saltitos como los pájaros. Como las chiriguas. De muchacho alguien le puso el mote. Con él creció y con él lo designaban hasta casi olvidar su nombre.

—¿Quién silba? —preguntó el Chirigua.

—Yo, ¿por qué? —interrogó a su vez Sosa.

—Me pone nervioso, sabés... —respondió conciliador.

—Sí, mejor, callate —intervino Modesto Pavón— primero, porque dicen que silban los que tienen miedo... y no creo que vos... Y después es mejor oír a los otros si los hay.

—Tenés razón —aceptó Sosa.

Y continuaron callados, cada cual embebido en sus propios pensamientos.

El Chirigua iba inquieto. Dos veces se dio vuelta para mirar el camino que se perdía en las sombras. Después se acercó a Sosa y le preguntó:

—Decime ¿vos silbaste, recién?

—No, al menos no me he dado cuenta. Pero, che, qué te pasa, mirá que no hay como tener miedo para traer las desgracias.

—No, no... sí, tenés razón —concedió dudoso el Chirigua.

Se demoraba el alba tras un cielo pesado de nubes. Y una lluvia, fina, invernal, comenzó a caer en el momento que los hombres llegaban al refugio de piedra.

En los años —allá por el 1905— en que se construía el ferrocarril trasandino se levantó ese refugio como precario alojamiento para los obreros. Después lo utilizaron arrieros y transportistas en tránsito. Hasta que el camino nuevo por la otra margen del río, lo dejó en total abandono y olvido.

El agujero de la puerta bostezaba sombras y humedad, pero los hombres lo vieron con alivio. Modesto Pavón, sin embargo se acercó con cierto recelo y dijo:

—Ahora vienen bien las velas.

Buscó en su mochila, sacó una y Sosa le arrimó un fósforo. Entraron. Olor a humedad, a orines viejos, a chiñe. Unas piedras grandes apoyadas contra la pared podían servir de asiento. Y un improvisado fogón de piedras, invitaba a utilizarlo.

—Si hiciéramos fuego, se iría un poco la humedad —propuso Sosa.

—No, no, va a dar mucho humo, no conviene —dijo Modesto Pavón.

—La pucha que le pegamos fuerte, estoy rendido, mejor descansamos —propuso el Chirigua.

—Pero que uno se quede de guardia —agregó Modesto Pavón.

—¿Sorteamos? —intervino Sosa.

—No, me quedo yo —dispuso Pavón.

Se acomodaron encogidos, con la mochilla por almohada. Sosa, al momento, se durmió profundamente. El Chirigua se quedó quieto pero su tensión nerviosa le negaba el descanso. Modesto Pavón acercó una piedra a la entrada y se sentó con la mochila y la carabina a su lado.

Había aclarado. El día se presentaba gris y frío. El primer temporal del año —se iniciaba abril— se anunciaba con esa llovizna, que seguramente, no pararía hasta la noche. Modesto Pavón se asomó para reconocer el lugar. Al frente, a varias cuadras de monte bajo, divisaba las barrancas del río, más cerca, el camino casi tragado por el monte, que acompañaba el curso de las aguas hasta muy arriba. A su espalda los cerros suaves de las primeras estribaciones.

El Chirigua salió del refugio, estaba inquieto. Se acercó a Modesto Pavón que oteaba insistente los cerros neblinosos y le preguntó:

—Que te parece ¿vendra el camión?

—Claro, tiene que venir. Al Porteño le gusta la plata dulce como al que más. Y con este viaje se va a olvidar por un rato lo que es machucarse transportando vacas en el camión.

Modesto Pavón había vuelto a cargar la mochila y el arma, pese a las horas que aún les quedaban de espera.

Cerca de mediodía comieron —sin mucho apetito— de las vituallas previstas para esa ocasión.

Las horas grises de llovizna persistentes, se alargaban reptantes, insidiosas, vacías en apariencia, pero cargadas de viscosas tensiones. Se alargaban y pasaban. Pasaron con la tarde y llegó la noche sin novedad. O mejor, con la novedad de la ausencia del esperado camión.

En el refugio, dos cabos de vela en un rincón, espantaban apenas, las sombras, a manotazos. El Chirigua se opuso, desde el principio, a prender las velas, ahí, en ese rincón, sobre la cabeza de

Sosa, tirado en una manta, que le infundía una especie de tétricos presagios. Y lo dijo, porque, además, se las habían robado a la virgen que protege a los caminantes y eso podía traer...

—No jodás con esas güevadas, che. Ya nadie cree en las ánimas ni en los espantos —protestó Sosa que demostraba una total tranquilidad.

Modesto Pavón pensó que la noche iba a ser muy larga para pasarla a oscuras y aunque no fuera prudente, insistió en prender las velas.

Arreció el temporal. El viento aullaba afuera entre las breñas y peñascos. Y se colaba por la tronera y el ventanuco con largos aullidos lúgubres.

—¡Cómo duerme el bruto ese, fijate! —comentó el Chirigua señalando a Sosa que roncaba en el mejor de los sueños.

—Bueno, él puede, al fin no es mucho lo que hizo. Yo me tiro un rato, vos vigilá ahora.

Y Modesto Pavón se acomodó abrazado a la carabina y con la mochila por cabecera.

El Chirigua acoquinado junto a la entrada, trataba de descifrar entre el clamoreo del viento, los ruidos extraños de la noche. Él no podía dormir. Quizás nunca más podría dormir tranquilo. La tentación lo llevó demasiado lejos. Es muy fácil, le había dicho Modesto Pavón, «vos qué trabajás en la finca podés arrimarte sin levantar sospechas a la casa del contratista. Llamás, sale don García, lo entretenés... lo demás corre por mi cuenta y de Sosa que se encarga del vehículo. Sencillísimo, agarrá, Chirigua, que no se te va a dar otra». Y él agarró. Era tan sencillo y tentador. Pero en los hechos las cosas se complicaron horriblemente. En lugar de salir don García cuando él llamó cerca de las once de la noche —calculando que estuvieran durmiendo— salió la mujer. Modesto Pavón que esperaba resguardado en las sombras, no se desconcertó con el cambio imprevisto. Se abalanzó sobre la mujer y antes que dijera ni ay, estaba en el suelo sin sentido. Desde ese momento el Chirigua siguió como un autómatas las órdenes precisas y terminantes de Modesto Pavón que actuaba con una decisión temible. Sobre el hule de la mesa se apilaban fajos de billetes que don García iba contando y separando en sobres. Un arma al

alcance de su mano indicaba que había tomado sus provisiones. Por si acaso. En los años que llevaba en la finca manejando mucho dinero de quincenas y cosechas, jamás había pasado nada. Tan rápidamente sucedió todo, que al Chirigua mismo, se le hacía difícil reconstruir la escena. Sólo veía a don García con la cabeza sangrante sobre la mesa y la mano sobre el revólver que no alcanzó a empuñar. A Modesto Pavón metiendo a manotadas los fajos de billetes en el bolsón. Y a él mismo disparando el arma varias veces, bajo la voz conminatoria de Pavón, «meteles balas, acabá con ellos, así no dan el aviso». Y él había gatillado hasta descargar el arma sobre un muchacho aterrado y un chiquillo lloroso y semidesnudo que llamaba a gritos a su madre. Al salir, como Pavón viera que la mujer se incorporaba bamboleante, le descerrajó un tiro a quemarropa, «así nadie tendrá que llorar», se acuerda que dijo. Después la huida por el callejón con el ladrerío de los perros detrás. La chata que los esperaba con Sosa, luego el *jeep*, después el ómnibus... fallaron los caballos. Apenas recuerda esa vertiginosa huida, cambiando de vehículo, se movía embotado. El miedo y el remordimiento le asaltaron mientras subían a marcha forzada, de uno en fondo por el camino viejo de la costa. Había escuchado el lejano aullido de un perro hacia el lado de la barranca. Cuando volteó la cabeza en esa dirección vio la luz. Una luz débil, amarillenta, titilante, que aparecía una vez de un lado, otra vez del otro, ahora delante, después detrás. Desde ese instante ya no tuvo sosiego. Y la escena del crimen le asaltaban con los ojos aterrados de los niños. Del más chico, mirándolo con el horror que ya no podía sentir porque estaba muerto. No, él nunca pensó matar. Robar, había robado, algunas veces, raterías, apenas. Pero matar a los niños... era horrible qué necesidad había. Modesto Pavón los hubiera matado igual, ése sí tenía pasta de asesino. Pero la desgracia les iba a caer a todos, lo sabía. Lo sentía, porque después de la luz fue el silbido. Sí, los venía siguiendo. Estaban sentenciados, no tenía la menor duda. Esa sensación aterrante de sentirse espiado hasta en los pensamientos, acorralado por las fuerzas inapelables de esa otra justicia. Sí, estaban sentenciados. El «futre» los venía siguiendo. Solamente las burlas de Sosa —claro, él no mató a nadie, podía no creer— y el miedo que le inspiraba

Modesto Pavón, le impedían confesar sus remordimientos y presagios.

El viento entraba a bandazos por la abertura que servía de puerta y silbaba ululante por la tronera del techo. El Chirigua se estiró brusco aguzando los oídos. ¿No eran ruidos de casco sobre las piedras sueltas? Modesto Pavón que seguramente lo observaba, percibió su movimiento a pesar de la sombra.

—Qué, ¿escuchaste algo?

—No sé, me pareció... pisadas de caballo... ¿vos escuchaste? —simulaba apenas, su alteración el Chirigua.

—Qué se extrañan, siempre andan animales sueltos por estos lados —terció Sosa, despierto con las voces de los otros.

—Salgo a mirar un poco —dijo Pavón y se deslizó por el agujero de la puerta con la carabina pronta.

Al rato entró.

—Está muy oscura la noche, pero no se oye nada raro.

Con el alba, recién pudo el Chirigua, dormitar un rato.

Amaneció sin lluvia pero el cielo seguía pesado de nubes. El temporal se mantenía firme en la montaña.

Pavón decidió que era conveniente inspeccionar los alrededores. Sosa y él salieron con distintos rumbos. El Chirigua se quedó por si aparecía el camionero.

Modesto Pavón tomó por la falda de un cerro, detrás del refugio. Llevaba el arma larga y la mochila. No se separaba de ninguna de las dos. En la mochila guardaba el producto del robo, que habían de repartirse —según lo pactado— una vez pasada la frontera. Hasta ese momento él era su más celoso custodio. Ignoraban —por lo menos los otros dos— cuánto dinero les iba a corresponder a cada uno. Pavón se había negado a contarlos y repartirlos hasta no encontrar un lugar seguro. Eso dijo. En realidad, sabía muy bien que era la única forma de mantenerlos unidos y solidarios frente a los riesgos de la huida.

Con la llegada del día y el breve descanso, el Chirigua había recuperado un poco de calma y optimismo. Si viniera el camión podrían salir de ese maldito agujero. Los iba a llevar hasta las Cuevas. Desde ahí sería fácil pasar de noche, por el túnel del trasandino a Chile. Y después... Un ruido de cascos lo sobresaltó,

pero de distinto modo, a la luz del día. Empuñó su revólver y se asomó cauteloso. Sosa montado en pelo en un caballo oscuro de buena alzada le gritaba:

—Mirá, Chirigua, lo que te asustó anoche y vos pensando en aparecidos. Lo traje porque en una de esas nos saca de apuro y mirá qué lindo bicho es, raro, ¿no? —explicaba Sosa.

Así fue, en apariencia, por lo menos. Pasó la mañana y la tarde sin aparecer el ansiado camión. Entonces Sosa propuso la idea y los otros la aceptaron. Mejor dicho, Modesto Pavón que era quien tomaba las decisiones. Sosa salió a caballo, aprovecharía la noche. Al primer vehículo apropiado que encontrara cerca del carril, le pediría ayuda al conductor porque «un compañero se accidentó cazando y está mal herido, aquí cerca en los cerros... y mostrás desesperación, si se niega lo atrincás con el arma». Fueron las últimas instrucciones de Modesto Pavón.

Ahora estaban los dos solos en la noche del refugio. Cada cual con su miedo. Un miedo distinto. Modesto Pavón temía que descubierto el crimen —habían perdido mucho tiempo— les hubieran seguido la pista. O que el camionero —era su mayor temor— pudo arrepentirse y abrir el pico. El Chirigua —en cambio— seguía acosado por los remordimientos y el terror supersticioso le iba cerrando los mecanismos de la razón.

A media noche pareció levantarse el temporal. Y la luna menguante corría gambeteando las nubes negras.

¿Fue una lechuza? Los dos lo oyeren. Un silbo, un chistido. A los dos se les heló la sangre.

—¡Es gente! —murmuró Modesto Pavón.

—¡No, es el «futre», nos viene siguiendo!

—No jodás con eso, yo no creo en las ánimas, creo en los vivos. ¡Salgamos, no me agarran en este agujero! —ordenó.

El Chirigua ya había perdido el dominio de sus actos. Se entregaba ciego a la fatalidad irremediable que cayó sobre él. Salieron separados. Algo frío, negro, le rozó la cabeza. ¿Un ala, las haldas de un poncho? ¡Era el «futre», le anunciaba su muerte! ¡Iba a morir, a pagar su crimen! Corrió mudo de espanto por el faldeo arriba. Un golpe seco en la espalda le cortó la fuga despavorida.

La luz se movía vacilante, ahora delante de sus ojos.

—¡Chirigua, creeme no te quise tirar! ¡Para qué corríste a lo loco! Pensé que nos hablan descubierto. ¡Mirá, creeme, cómo te iba a tirar a vos! Me escuchás, Chirigua.

Abrió los ojos empavorecidos.

—Fue el «futre»... nos vino siguiendo... vamos a morir todos... oís el caballo... silba... oís... emponchado el futre... pagar el crimen... todos mori...

Estaba muerto. Y tan pavorosa expresión se le había quedado en los ojos vidriosos que Modesto Pavón tuvo que echarle su pañuelo en la cara. Y apagar la vela de un manotón. Estaba en el refugio, hasta allí arrastró al herido cuando descubrió su tremendo error. Tenía miedo. Tomó el arma y escuchó tenso, movilizándolo todos sus instintos para la defensa. Presentía el peligro y lo esperaba, aunque no podía precisar de dónde y cómo lo sorprendería. No creía en ánimas ni aparecidos. Pero las terribles palabras del Chirigua moribundo, le habían contagiado un espeluzno de superstición. Porque él oyó el silbido. Y ¡¿ahora?! ¡como un relincho de caballo en secreto!

Desde la barranca, bien apostado Sosa no le quitaba el ojo a la entrada del refugio. Era lo que sospechaba desde que oyó el disparo. Modesto Pavón sacaba a la rastra el cadáver del Chirigua. Lo mató para quedarse solo con toda la plata. Seguro había creído que él era tan tonto, como para querer bajar hasta la ruta y que lo pillaran mansito. No, él tenía sus propios planes para enseñarle a ese guacho matón que a él no lo usaba nadie de forro para botarlo luego. El tal Pavón pensaba liquidarlos a los dos, a la vista estaba. Y lo del camión fue un puro cuento. Él era tranquilo y medio zonzoso, pero que no lo vinieran a ventajear tan fiero. Ahora vas a ver, carajo, por dónde te sale el tiro.

En el cielo sin nubes un pedazo de luna amarillenta ponía una ominosa claridad de cementerio sobre la tierra mojada.

Modesto Pavón se movía inquieto. Oteaba el camino, se asomaba por el ventanuco hacia la montaña, o salía y daba un rodeo en atenta vigilancia. A ratos descargaba la mochila para descansar y se afirmaba contra la pared de piedra. No había hecho otra cosa durante el día, después que arrastró todo lo lejos que pudo, el cadáver del Chirigua y lo dejó en la quebrada, bajo un

montón de piedras. Ni por un momento soltaba el arma. Su instinto presentía que algo lo acechaba, algo imposible de precisar, pero que entrañaba un peligro muy próximo. Él estaba hecho al peligro. La vida delictuosa era su medio y lo único que conoció. Podía decir que se había criado en la cárcel. Su padre estuvo preso tanto tiempo que para él, pudo ser toda la vida. Apenas tendría diez años, cuando empezó a visitar, casi diariamente, la penitenciaría para llevarle comida y vicios al preso. Preso político y criminal a la vez. Decían que fue matón y guardaespalda del viejo Lencinas, que andaba en el tristemente famoso «auto fantasma» que tanto crimen y tropelías cometió. Él nunca lo supo a ciencia cierta. Sí supo que su vida estaba marcada y su destino era el delito, porque era hijo de un criminal. Y el hijo de tigre, tigre es, decían, negándole trabajo y confianza. Con este último golpe —el más comprometido— pensaba entrar a Chile y cambiar de vida. Sus años le pedían un poco de tranquilidad.

Tuvo de pronto, la sensación de que algo, una sombra, había pasado frente al ventanuco, y empañado por un instante la claridad lunar. Se asomó sigiloso. Sobre el perfil de una loma próxima, a contraluz, parecía recortarse nítida la figura de un emponchado en acecho. Levantó el arma y apuntó. En ese mismo instante un silbido o chistido como el que oyera la noche anterior con el Chirigua, le paralizó la mano con un escalofrío de miedo. Otra clase de miedo que él no conocía. Porque ahora se le venía a la mente la horrible sentencia del moribundo: «el “futre” nos viene siguiendo... moriremos todos».

La figura en lo alto del cerro seguía inmóvil. Modesto Pavón trató de recomponerse. No, no podía ser, él no creía en espantos ni aparecidos. Ni menos en el «futre», el ánima de aquel pagador que asesinaron alevosamente, para robarlo, por el camino a Cacheuta, una pila de años atrás, cuando se construía la usina vieja. No, él no creía que el «futre» —vestía bien con sombrero hongo y poncho en invierno, decían, era hombre de ciudad— aparecía para vengar los crímenes de los asaltantes. No, sólo a los vivos había que temer. Por eso era mejor investigar. Salió cauteloso pegado a la pared del refugio. Dio un rodeo. Y ahora, desde otro ángulo lo que vio le arrancó un suspiro de alivio. Porque lo que se le había figurado un

hombre, no era más que un montón de pencas. Tranquilizado fue hacia el camino. Se aferraba a la esperanza de que Sosa hubiese conseguido algún vehículo. De lejos, vería la luz. Desde el río y a pesar del tumulto de las aguas le llegó como un relincho ahogado, como un silbido triste o el ulular de un perro. De nuevo lo recorrió ese espeluzno frío y giró rápidamente para regresar. Entonces vio patente, que un emponchado salía del refugio. Pero antes que se lo tragara el ángulo de sombra de la pared, él disparó. Un quejido sordo, unos pasos rápidos sobre la piedra suelta y desapareció. Modesto Pavón corrió hacia el refugio. Tropezó con algo al llegar. Era su mochila abierta a medio vaciar su contenido. ¡Lo estaban robando! Y no podía ser otro que Sosa, el único que sabía dónde guardaba el dinero. Corrió pegándose a la pared y rodeó el refugio. Ahora estaba frente a los montes achaparrados que se extendían hasta la barranca. La luna macilenta brillaba sobre el metal de su carabina. Atensados todos sus músculos y su instinto, escuchaba. Le pareció oír un leve ruido de arrastre. Clavó los ojos hacia la dirección de donde parecía provenir. Entre un peñuscón de jarilla, percibió un bulto sospechoso. Levantó el arma y disparó. Tal vez, los dos disparos —el de Sosa y el suyo— fueron simultáneos. Porque Modesto Pavón no sintió nada más que un golpe violento en el pecho que le hizo soltar el arma. Levantó los brazos como si quisiera agarrarse de algo. Y se derrumbó de cara al suelo.

Un aullido más agudo que la corriente del río le llegó desde la barranca. Un espeluzno helado, el espeluzno de la muerte paralizaba su instinto. Se moría. Sabía que se moría. Otra vez el chistido o silbido, ruidos de casco, un relincho siniestro. Hizo un último esfuerzo y levantó, apenas, la cabeza. Un emponchado pasaba al galope silencioso de su cabalgadura. Sintió un aire helado rozarle la cara, mientras un silbido, mitad chistido, se perdía en la noche. Modesto Pavón clavó la cabeza en la tierra y con el resto de vida que le quedaba balbuceó:

—... ¡el «futre»!

CRÓNICA INÚTIL

Yo no creo que mi revista desee publicar esta crónica, a pesar de ser una de las mejores que he escrito. El director exige un criterio realista y objetivo, sobre todo objetivo. Y lo absurdo en este caso es que he observado estrictamente ese criterio. Y sin embargo, los hechos parecen escaparse de una realidad congruente y lógica, tal como allá pueden entenderse la lógica y la realidad. En una palabra, aducirán que esto es un cuento y no una crónica, que es lo que el director exige que yo escriba, porque además, me pagan para hacerlo. Tampoco creo que esta relación de hechos sirva para que dos mujeres atribuladas y roídas por los remordimientos recuperen —si no su destino que ya es irreversible— por lo menos un poco de serenidad. Así y todo escribo esta crónica, desordenada y a retazos, tal como pude ir reconstruyendo la historia en el escenario mismo y con la misma gente que participó en ella. Y la escribo, simplemente, como un acto de solidaridad humana.

Yo lo conocí a José Cantrilao en Puerto Mont. Acababa de salir del hospital y apenas se estaba reponiendo de las feroces puñaladas que hicieron pender de un hilo su vida. Se embarcaba en el Lemuy. Como ayudante de cocina lo enganchaba, por pura generosidad, el capitán del barco, don Germán Hinostrosa. Eso me dijo José Cantrilao, mientras esperábamos que zarpara el barquito, en una cantina del puerto, de ínfima categoría. Lo convidé varias veces pero él se mostró remiso para el trago y para las palabras. Me extrañó, sobre todo, lo primero. Pero él se excusó explicando que en su oficio la bebida es mala compañera.

—El corazón, caballero, a veinte metros, el corazón y los pulmones revientan.

Y quedó callado, sumido vaya uno a saber en qué recordaciones. Yo lo observaba. A pesar del cruce con sangre española, mantenía rasgos de su antigua raza —huiliche—, los ojos vivaces, aunque ahora tenían ramalazos de tristeza, menudo de cuerpo pero bien proporcionado. Era un tipo casi atrayente, a pesar del estrago físico que acababa de soportar. Anoto esto aunque parezca nimio, porque ayudaría a explicar, en parte, su intervención como principal protagonista de la historia.

Siguiendo el hilo de sus propios pensamientos habló despacio:

—Tengo que volver a la isla... que no puedo bucear todavía, dice el médico, porque un pulmón está resentido. Que si fuera para el norte, al sol y al seco..., pero tengo que volver a la isla.

La pregunta se me quedó en los labios porque él ya estaba lejos. Yo también me embarcaba en el Lemuy, por eso no insistí en una indagación que José Cantrilao eludía cuidadosamente. Tenía tiempo por delante y sobre todo el mismo destino: Puerto Castro. Nos despedimos. Afuera ya había oscurecido. La noche caía muy temprano en junio, y hacía frío. En las goletas, lanchas y chalupas, acodadas en el molo o varadas en el canal, brillaban los fuegos rojos de los braseros de canchagua donde los tripulantes cocinaban su comida. Chillaba alguna gaviota friolenta y el viento, saturado de humo, madera y humedad traía retazos de voces y música. En frente, la isla de Tenglo —separada por un estrecho canal del continente— levantaba su oscuro murallón de selva.

Cuando el Lemuy dobló la punta de Tenglo y el collar de luces de Puerto Mont se perdió tras la isla, me enteré por el comisario de abordaje que José Cantrilao no viajaba. No lo dejó embarcar el mismo capitán. Me causó bastante decepción su ausencia. Había especulado mucho con la posibilidad de escuchar de sus propios labios la participación que a él le cupo en el drama. Me dediqué, entonces, al capitán.

Don Germán Hinostrosa —el capitán— conocía como la palma de sus manos, el semillero de las islas australes. Nacido en Ancud —chilote como el Cantrilao— navegaba desde los dieciséis años y ya frisaba los cincuenta. Amaba a las islas tanto como a su barquito, «muy marinero, lo viera en el Corcovado soportar, tan campante, los vapulazos del océano, y con mal tiempo, cierto, que

a nadie le quedan las tripas en su lugar después del paso» y se reía estremeciendo su imponente abdomen. Porque el Lemuy unía como un hilo invisible las gemas dispersas del collar austral y don Germán oficiaba un poco de juez, de consultor o de autoridad entre las gentes avecindadas en la ruta isleña desde Puerto Mont a Punta Arenas, es decir desde una punta a otra del archipiélago. Por lo tanto él tenía que saber, si no la verdadera, por lo menos la más aproximada versión de esa historia de José Cantrilao que ya había comenzado a circular por las islas. Pero don Germán no soltaba prenda. Parece que él tenía una opinión muy personal de la eficacia de la justicia y de la aplicación de normas legales, por parte de las autoridades del continente, en el archipiélago. Y tomaba sus propios recaudos. Pero después de un buen caldillo de mariscos, cuando el trago predispuso para la charla más íntima, me dio —sin proponérselo— algunos cabos que yo guardé muy bien para atar más adelante.

—El José Cantrilao es hartito bueno, no hay otro buzo como él en todo el archipiélago. Desde guagüita zambullía, nacido en el agua parece, y resistente como cachalote.

—Es una lástima este... accidente —aventuré— lo va a dejar lisiado por un tiempo.

Se le endureció de golpe la mirada.

—Yo voy a saber quién fue... al muchacho no lo va a desgraciar ningún... —se contuvo a tiempo—. Sabe, a veces uno tiene que cuidarles la vida a estos chiles que ha visto nacer.

Y se enredó en una serie de anécdotas porque «los isleños tienen la tupición de historias de brujería, quien no ha visto al Caleuche —*el buque de arte*— ha visto a la Pincoya, algo así como una sirena, o al Trauco, el duende de los bosques».

Nada pude averiguar pese a mis intentos de volver al tema —sobre la razón por la cual se negó a embarcar a José Cantrilao después de habérselo prometido—. La razón la supe esa mañana.

La lluvia torrencial que batió el viento durante toda la noche —en el archipiélago, de los doce meses del año llueve trece, me decía el capitán—, la lluvia, digo, se había transformado en una llovizna mansa y melancólica, cuando entramos en el complicado fiordo al fondo del cual se asienta Puerto Castro.

—Allí están —señaló el comisario de abordó, mientras atracaba en el malecón el bote de desembarco.

Hacia donde él señalaba —a la derecha del molo— yo no vi más que la playa desierta abajo, y arriba, algo distante galpones de zinc con techo a dos aguas. Y hasta llegar a ellos, una extraña topografía de elevaciones que enseguida advertí —no sin asombro— eran grandes piras, cerros casi, de conchillas de moluscos, los que consumía la fábrica de mariscos envasados.

Yo estoy seguro que el comisario no se sorprendió —mejor sería decir pasmó— ante esa visión grotesca, nauseabunda y conmovedora a la vez, que descubrimos de improviso, en un resguardo del acantilado, frente a la playa. Digo que el comisario no se sorprendió porque se dirigió a la gente con toda naturalidad, sin la menor vacilación, ni siquiera en el tono de la voz.

—El capitán los va a embarcar —dijo.

—Hace dos días que esperamos la goleta, vamos a Puerto Mont —habló con extraño acento el hombre que parecía tener más predicamento entre su gente.

—El capitán los va a embarcar —repitió el comisario sin más explicaciones.

Yo sabía que el Lemuy no volvía a Puerto Mont, seguía su itinerario hasta Punta Arenas. Pero sospechaba que el capitán tenía sus propios planes.

El comisario agregó:

—Los va a embarcar sin el cajón.

—No embarcamos, entonces. No, no podemos...

Y una especie de clamor monótono entre llanto y protesta se levantó de las mujeres.

Fue, entonces, cuando yo no pude resistir más. La fetidez a mortecina, que bien podía provenir de los desechos descompuestos de la fábrica o del tétrico cajón que rodeaban las mujeres, o de las dos cosas a la vez, me anudaba náuseas en la garganta. Pero además, estaban los jotes, el repugnante espectáculo de los jotes. Posados en largas ringleras sobre el ángulo de los techos de zinc, se picoteaban los unos a los otros, impacientes y desgredados, entre ásperos graznidos. Y de pronto revoloteaban sobre nuestras cabezas

con tremenda impudicia como si quisieran anticiparse al festín que el nauseabundo olor prometía.

Repito que no aguanté más. A punto de perder el control de mi estómago, tuve que alejarme casi huyendo.

Parece que la gente convenció al comisario. O el comisario encontró una solución viable por el momento. Porque detenido en la calleja empinada que subía desde el malecón al caserío, pude ver el extraño éxodo de los gitanos. Porque eran gitanos los hombres y mujeres que componían aquel grotesco desfile. Cuatro hombres abrían la marcha por el largo espigón que batía el mar, portando la caja sobre dos improvisados travesaños. Detrás, hombres y mujeres cargaban bultos y trastos de los más variados usos, desde colchones hasta las ollas y anafes que portaban los chiquillos: una hila de cinco. Y sobre ellos, la inmunda sombre negra de los jotes. Alborotados poco antes, parecían ahora, haber coordinado su acción. Y en tenaces círculos cada vez más atrevidos ponían un cerco lúgubre al insólito cortejo.

Alguna que otra gaviota enredaba un giro blanco entre el negro de los jotes. Y el viento marino mojado de lluvia, batía las polleras colorinches de las gitanas. Las únicas notas claras en la ominosa tristeza del momento.

No me di cuenta que habían llegado hasta que escuché sus voces.

—Nada más a traer desgracia vinieron.

—Ella estaba maldita.

—¡Bruja era!

—¡Malditos sean todos! Son gentes de brujería.

—Concertada con los brujos de la Cueva tenía que estar.

—Con *cosas de arte* lo atrajo al Cantrilao para fatalizarlo después.

—Nunca tendrá paz, está maldita.

Enlutadas, cubiertas con el rebozo negro, las mujeres habían bajado del caserío para condenar a la muerta con el coro inapelable de sus maldiciones.

La muerta era Marieta, la gitana. De su frescura y gracia quinceañera, sólo quedaban esos míseros despojos que ahora

acompañaban el silencio dolorido de sus deudos y la repulsiva voracidad de los jotes.

Casi sobre la playa se amontonaban las casuchas de madera levantadas sobre pilotes carcomidos por las aguas. Eran las viviendas de los pescadores. De los más afortunados. Los otros, se arreglaban como podían en sus botes pesqueros y chalupas que varaban, cada tarde, en la arena. Las mujeres compartían casuchas y botes. Siempre de negro, cubiertas por el rebozo negro. Esperaban a sus hombres —las que lo tenían—, repasaban las redes, preparaban el diario bastimento o salían a mariscar con la marea baja.

Arriba, en el plano, estaba el caserío, también de madera, verde de musgo y humedad, sobre las dos callejas, llenas de barro y charcos. Y detrás de la plazoleta los pequeños cultivos de papa y algunas hortalizas. Después, la selva. La selva húmeda, impenetrable y silenciosa: muermo, lumas, alerces, pangués, helechos, arrayanes. Y sobre el verde de la selva la lluvia interminable, silenciosa y gris. Los dos colores de la isla: verde y gris. Más el negro que ponían las mujeres, los rebozos negros de las mujeres. Y el negro que ponía la torva presencia de los jotes, siempre en acecho.

Las mujeres de la playa miraban al mar. La vida y la muerte de sus hombres estaba en el mar.

Las mujeres del plano vivían de espaldas al mar. Sus hombres trabajaban en la fábrica o cultivaban una parcelita de tierra. Las mujeres habían instalado la «feria» a un costado de la plazoleta, sobre la calle barrosa. Si a eso se le podía llamar feria. Sentadas en el suelo a la manera chilote, disponían a su vera —en el suelo también— los magros productos de sus cultivos. Un ridículo montoncito de papas, cuatro cabezas de ajo, algunos puñados de porotos, cinco huevos la más afortunada. Siempre cubiertas con el rebozo negro, esperaban en una inmovilidad hierática y conmovedora a los posibles clientes. Ignoro quiénes podían ser. Yo no vi ninguno. Pero las mujeres amanecían ahí, como plantadas en el sitio. Y esperaban bajo la lluvia. Esperaban, también, los jotes negros, desgredados, inmóviles sobre los techos, en ominoso presagio.

La Tomasa Mardones no bajó a la playa para constatar con sus propios ojos que los gitanos se llevaban a su difunta, o para maldecirla, a pesar de ser ella quien tenía más razones para hacerlo. Eso me dijo cuando yo la encontré sola en la «feria», sentada en el suelo frente a su pilita de papas. Porque las demás mujeres no abandonaron su puesto de observación allá abajo, hasta que el Lemuy levantó anclas, por lo menos después de tres horas de su entrada al puerto.

—Yo lo único que dije, don, es que la difunta no podía ser enterrada en sagrado por la mala vida que llevaba. Estaba en pecado. Eso es lo justo y Dios es testigo. No pongo en la cuenta el daño que le hizo a mi Andrea porque eso ya se lo cobró el Señor. Para mayo se casaban. Ya le había dado la argolla el José, cuando llegó la desgracia con los gitanos. La Marieta lo *flechó*, esa es *gente de arte*, yo digo. Y el José Cantrilao la botó a mi Andrea con argollas cambiadas y todo. Ella no mató a la gitana, aunque un día le gritó en la calle: «si me quitay al José, al tiro te mato». Pero ella no la mató. Nadie la mató. Fue castigo del Señor. Porque vea, don, que después de *flechar* al José y refocilarse con él, la muy zorra lo entregó atado a la venganza de los gitanos. Ella, ella misma, lo llevó engañado a los galpones de la fábrica vieja esa noche.

A partir de esta introducción que casi sin respiro me hizo la Tomasa Mardones, me voy a concretar a transcribir textualmente —así lo tengo en mi libreta de apuntes— lo que escuché de propios labios de los protagonistas de la historia, los que podían hablar, se entiende. Quiero evitar, así, que mi ánimo —inevitablemente atrapado por el clima de la tragedia— pueda influir en menoscabo de la objetividad que me he propuesto mantener a todo lo largo de la crónica. Esto fue lo que escuché:

De Andrea, hija de Tomasa Mardones y novia de José Cantrilao:

“ Créame, caballero, no había un hombre como el José, tan encachao, tan pulío para el piropo, aguantadorazo para la zambullía y sin vicio. Hasta que llegaron los gitanos y la Marieta, a pura brujería, me lo cambió. Que se dio al trago, que no salía a la pesca porque lo seguía la Pincoya y cuanta lesera creen los pescadores... que el matrimonio más bien lo dejábamos para la primavera, y a poco, ni me esperaba a la salida de la fábrica... ya no era el José de antes. Cuando yo le dije que todas las impedías para el trabajo y para mí se las ponía la mugre de la gitana esa y que yo sabía dónde se encontraban, allí en los galpones de la fábrica vieja, donde mismo ella encontró su merecido, el José me golpeó y botó la argolla de matrimonio que nos habíamos cambiado. Me quedé enrabiada y dolorida, andaba con el pecho apretado de sobresaltos, me pesaba el trabajo. Oscuro entraba a la fábrica en la mañana y oscuro salía en la tarde, pero el José ya no me esperaba más. La esperaba a ella y yo cada vez más triste y juntando coraje. Es que la gitana lo tenía *mal tirado*. Yo digo que ni con la yerba del puelo se le sacaban los males al José, créamelo caballero. Los gitanos habían plantado sus carpas en el descampado detrás de la plazoleta, cerca de nuestro rancho. Y esa tarde, tan enrabecida estaba por lo que me había contado la Nica, que cuando subía para mi casa, vengo y me cruzo con un gitano y ahí nomás le grito que la Marieta era una zorra que me lo había quitado con *artes* al José, que fuera esa anohecida para los galpones y allí los encontraría a los dos... y cuanta cosa mala se me subió por la sangre. El hombre se llevó la mano al cinto y dijo algo como que lo iba a matar. Yo, desfogada ya, me fui a mi rancho. Pero al rato me entró miedo, un miedo grandazo, créamelo caballero, ¿y si de cierto lo mataban al José? Salí al

tiro, bajé a la playa y busqué a don Cisterna. Él habló a los otros y por la misma playa endilgaron para los galpones. Llegaron tarde... fue por mi culpa, estaba tan enrabecida... por mi culpa se fatalizó, el pobrecito José... yo no podía saber que los gitanos iban a acriminarse..., ¡créamelo caballero!”.

De don Cisterna:

“ Yo le había dicho al José: te voy jugando el pellejo con la gitana. ¡Pero, viera el hombre emperrao! Ni que lo hubieran *flechado* para cambiar cuantísimo. Era el mejor buzo sin escafandra, yo le enseñé. *Cuicito* me lo traje de Chonchi, la madre no podía con tantos chiquillos... y el padre, lo de siempre, ya lo sabrá Ud., caballero. Como le digo era el mejor buzo de las islas. Bajaba por las rocas a veinte metros, entre huiros y algas como un pez más, y no subía hasta llenar su chinquillo de tacas o erizos o la ostra de piedra que es tan buscada. Y como le digo, cambió para mal, aflojó en la zambullía, no aguantaba abajo, andaba cansado y comenzó a darse a la bebida. Un día se enredó en los huiros y salió medio ahogado, otra vuelta perdió la fisquia, porque se asustó de un pulpo, ¡cuándo, él tan alentao! Otro día bajó dos veces nomás, a la tercera el corazón le rompía el pecho. En este oficio, caballero, no valen mañas ni agachadas. La fábrica traga pilas de choros, almejas, piures, huielos, erizos, jaivas y de todo cuanto diablo hay en el mar. Ahí están los cerros de conchillas... y también se traga a los hombres. Si se pudieran juntar vería otra pila de huesos de cristianos, pero no se ven nada más que en el luto de las mujeres. ¿Con las mujeres, dice? Sí, es que el José ha sido tan enredoso. Pero también, nadie como él sabía conversarles tan bonito a las mujeres. Y con la guitarra, ni quien le pisara el poncho componiendo sanjurianas. Así es como las mozas le caían mansitas en la mano. ¿Dice Ud. si tuvo otras novias? Varias, la que más lo enredó fue la Nica. ¿La Andrea? Con ella se iba a casar. Pero no sabe usted los boches que han armado las mujeres de la caleta porque botó a la Nica y va y se enreda con una del plano. Pero esas son cosas de mujeres, la Andrea buena muchacha es.

Sí señor, esa tarde oscurecido ya, llegó la Andrea desesperada, porque al José se lo iban a desgraciar. ¡Ni duda! La Marieta estaba enterita cuando la conoció el José. Ella tenía novio y se la entregaban como mujer, al cumplir los quince años y faltaban dos meses, nomás. Ya sabe usted el rigor de las costumbres de los gitanos. ¡Cuándo se iban a quedar quietos si un intruso se les arrancaba con la paloma! La gitana misma tenía miedo, miedo por él, porque conocía a su gente y así se lo había confiado al José. Fue entonces cuando él me conversó que en la primera entrada del Lemuy —que debía ser por esos días— se iba a arrancar con la gitana para Puerto Mont. ¡Buena la vaina en que se había metido! Y como le digo, caballero, la tarde que llegó la Andrea para anoticiarnos del caso, salí al tiro con el Sebastián y con el Domingo. Llegamos tarde. Entre una pila de latas orinientas y cajones viejos, lo encontramos al José encharcado en sangre. Menos mal que advertí llevar la farola porque en los galpones no se veían ni los dedos de la mano y el pobre estaba sin sentido. Pero viéndolo bien, fue con suerte la cosa, con mucha suerte, porque de no encontrarlo, ahí nomás se le corta el respiro y porque justo esa noche, entró el Lemuy al puerto. El médico y el capitán, don Germán Hinostrosa, harto bien se portaron, rebuena gente. Por eso se salvó. Pero el José tan porfiadazo, no quiso dar cuenta de quien lo había acuchillado por la espalda, mientras esperaba en lo oscuro del galpón, a la Marieta. No quiso por no perjudicar a la muchacha, vea Ud. si estaba emperrao”.

De la Nica:

“ Sí, señor, yo le dije que ellos lo habían matado, que el José estaba muerto y bien muerto por su culpa. Se lo dije con todita la rabia y la pena para que sufriera como yo había sufrido esa noche que lo trajeron a pulso, desgonzado y vueltos los ojos, mismo que difunto. La Marieta bajó a la playa esa tarde a escondidas, seguro, para saber del José, pero nadie la quiso anoticiar. Los hombres se quedaban mudos cuando ella preguntaba ¿dónde está José?, o hablaban entre ellos y seguían en sus cosas como si nada. Por toda la caleta anduvo, de uno a otro, mendigando noticias y ni una palabra. Las mujeres en sus casuchas desde lo alto de los pilotes, se asomaban para mostrarle su desprecio dándole vuelta la espalda, la Justina y la María hasta la escupieron. Viera, señor, pero se lo merecía ¿que, acaso, no lo había brujado al José para fatalizarlo luego? Y para mí, no era porque él me botara, ya me había botado por la Andrea, aunque yo fui su mujer, ¿no ve este chiquillo?, su misma cara, y tan de una vez enterao, el *cuicito*, como el padre. Pero hay que decir que el José se ha portado harto decente, nunca rae dejó faltar el gasto y le había tomado afición al chiquillo. Cuando vengo y me entero que el José se quería arrancar con la gitana para Puerto Mont, al tiro se lo dije a la Andrea, a ver qué rienda le ponía. Como le digo, caballero, esa tarde nadie le dio noticia. Se veía que estaba desesperada y se veía, también, que la habían golpeado con harto rigor. Y eso que se cubría con un rebozo, mismos que los nuestros, para que no se le echaran de ver los cardenales de la cara. Desde la última caleta se volvió casi corriendo por todo el largo de la playa. Yo la esperé en el repecho del malecón. Y se lo grité así mismo: «¡está muerto el José! La asesina de tu gente lo ha matado, por tu culpa, mugre de gitana, y me dejay al *cuici-o* guacho que es su hijo». Yo

llevaba al chiquillo en brazos y viera visto, señor, la cara de susto y pena que puso. Apurruñaba las manos contra el pecho, abría grandazos los ojos, iba como a gritar y no le salía la voz, hasta que comenzó a llorar quedito y se fue despacio, para el lado de los galpones”.

De la Andrea, hija de Tomasa Mardones y novia de José Cantrilao:

“ Tal cual se lo digo, caballero, créamelo. La misma mañana de la noche que acuchillaron al José, salió el Lemuy. Don Cisterna que lo había llevado al barco y lo acompañó toda la noche, dijo que se iba a salvar, que lo llevaban a Puerto Mont para cuidarlo y sanarlo al todo. Pero qué pena tenía yo, ay diosito, créame, caballero. Por mi culpa, casi más, se fataliza... nunquita más me iba a querer ver. Con decirle señor que hasta tercianas tuve. Dejé el trabajo, a las tarde sabía ir pana el lado de los acantilados. ¡Las tantas veces que con el José sabíamos mariscar en la restinga con la marea baja! Y en una de esas ¡velo! La encuentro a la gitana que estaba en lo mismo. Ni duda que allí se había encontrado porción de veces con el José. Créame, caballero, no pude con la subía de sangre. Y el coraje me provocó golpearla hasta verla boqueando. Porque, a buena cuenta, ella era la culpable de toda la desgracia. La agarré de las crenchas a puñetes y a mordiscos, mientras le gritaba: ¡asesina, asesina, lo mataste! Para hacerla sentir, nomás, porque yo sabía que el José estaba bueno. La tenía bien amolada, aunque, no crea, ella se defendía como tigre, mire si no, cómo me vino dejando la cara y los brazos con las uñas. En eso perdí pie en las rocas llovidas y rodé hasta que me sujetó una ola grandaza. La gitana arrancó al tiro, porque ni señas vi cuando trepé por las rocas, todita mojada, y así mismo me fui ligerito a mi casa. Tal cual le digo, créamelo, caballero».

De Francisco Vilcún, carabinero:

“ Sí, señor, yo la encontré. Dos gitanos, me figuro el padre y el novio —los recibió el cabo de guardia— vinieron a dar cuenta de que la muchacha había desaparecido y que tenían alguna venganza de los pescadores.

Salimos dos hombres en comisión. Yo tomé la playa, el otro las casas del alto. Desde la caleta vieja y casa por casa de los pescadores, indagué a la gente. Nadie sabía nada. Podía ser. Aunque no sé por qué, me tincaba que las mujeres no querían hablar. Y por un si acaso, la apuré a la Nica, la que supo ser mujer del Cantrilao. Entonces contó que para dos tardes más, la gitana bajó a buscar noticias del José, que nadie se las dio. Pero ella —la Nica— la esperó en el molo para gritarle que lo habían matado los gitanos por su culpa. Para hacerla sentir, nada más, se lo dijo. Como que lo sintió, porque la muchacha se fue hecha un bultito de llanto. Vea, señor, si serán enredosas las mujeres. En eso me fui cavilando por la playa. Como había marea baja, aproveché para echar un vistazo por los acantilados. En frente mismo de los galpones de la fábrica vieja estaba, los techos a dos aguas, nomás veía, cuando ipor la cresta! Chilladera grande de jotes que sentí. Siempre chillan y revolotean, y siempre están en esos techos, pero idiantre! Tal tupición de bichos nunca vi, como no fuera... Y ahí nomás me asaltó el presentimiento y subí a la carrera.

Uno es hombre curtío, señor, si estará acostumbrado a sufrir tribulaciones y a mirar la desgracia de cerca. Pero eso, señor, era para aflojar al más alentao. Los jotes tenían la chilladera adentro, también. Mientras me acercaba los veía entrar revoloteando muy bajo. Cuando me asomé por el ancho portal que quedé en el sitio. No es para contar, señor, lo que vi. La muchacha, ahorcada con una coyunda, colgaba de la cabriada del techo. Y se mecía a sacudidas entre los

aletazos negros de los jotes. Asentados en la cabeza, en los hombros, en el pecho, la tupición de bichos la picoteaba enfierecida. Ya le habían vaciado los ojos, le arrancaban la lengua tumefacta, la cara una sola mancha sanguinolenta, irreconocible. Pero era ella, la gitana, le quedaban para identificarla, la pollera solferina de cambray y sus largas trenzas doradas. Yo no sé si grité, seguro, porque a los aletazos, los jotes encararon para la salida. Solamente dos se quedaron sobre el cuerpo. Encarnizados se habían prendido con pico y uña a los pechos de la muchacha que asomaban enteritos y desnudos por la blusa echa tiras. ¡No le digo, señor, si no es para contar el malogro de la pobre gitana!”.

De Tomasa Mardones:

“ Yo lo único que dije, don, es que la finada no podía ser enterrada en sagrado porque había muerto en pecado capital, como el mismo señor cura apreció. Comida por los jotes nomás, tenía que terminar con tanto pecado encima, cuantimás que era bruja. Nadie me quita que llevaba tratos con el Malo y nadie quien lo ponga en tela de juicio, icon la desgracia y aflicción que trajo a la isla! En esto, todas las mujeres hicimos acuerdo. Los hombres no, son tan descreídos y malos cristianos. Mala pasta son, señor, pasta del infierno, botan a las mujeres decentes en cuantito una china arrastrada les muestra la risa. ¡Qué me lo digan...! Así me botó el Pedro Carmona cuando era guagüita la Andrea. Y ahora el José Cantrilao la bota a ella para desgraciarse con la bruja de la gitana. Como le decía, don, todas las mujeres hicimos acuerdo, sabido es que con la venia del señor cura. Y esa mañana nos juntamos —más de quince seríamos— a la entrada del camposanto. Cuando llegó el cortejo de los gitanos con la finada, las mujeres les cerramos el paso y yo les dije: no puede ser enterrada en sagrado porque ha muerto en pecado capital. Los hombres que portaban la caja se quedaron en el sitio, clavados por la sorpresa. Lueguito, nomás, se volvieron y todos en corrillo discutían en su lengua. Nosotros nos recogimos sobre la entrada del camposanto, hicimos la señal de la cruz, y comenzamos a rezar, porque ésa es *gente de arte* y vaya uno a saber qué cuentas se traían. Al rato, cuantísimo, asomó un carabinero y les ordenó devolverse. Entonces acamparon en el acantilado, con todos sus trastos y la difunta, para esperar la goleta. Allí mismo donde Ud. los vio, caballero, pasaron dos días, hasta que llegó el Lemuy. Eso es todo y lo justo, caballero, Dios está de testigo”.

He dejado una copia de esta crónica para que le sea entregada al capitán del Lemuy, don Germán Hinostrosa. Es la única persona capaz de estimar su objetividad. Y aunque comprendo que le será completamente inútil, pienso que es la única manera de manifestarle mi solidaridad. Se muy bien cómo ha de sentirse en estos momentos, mientras navega de regreso a Puerto Mont. Yo llegué ayer en la goleta. Venía en busca de José Cantrilao para completar mi crónica con el relato de sus infortunados amores. Traía también, el propósito de prepararlo para que no sufriera demasiado con la noticia de la horrible muerte de Marieta. Pero José Cantrilao ya no puede hablar, ni puede sufrir. La tarde del jueves —hoy es sábado— en momentos de embarcar en la goleta Yungay, un gitano que bajaba de la misma embarcación, lo último a puñaladas. Fue la escueta información policial que recogí esta mañana en el retén de carabineros. Me doy cuenta de que el capitán hizo cuanto estuvo a su alcance para salvar al muchacho. Lo sacó de Puerto Castro casi moribundo, lo mantuvo alejado en Puerto Mont. Y por último, embarcó a los gitanos con el plan preconcebido de bajarlos en el último puerto del archipiélago —Punta Arenas— a una distancia insalvable de Puerto Mont. Todo fue inútil.

Ahora comprendo cómo ha de sentirse el capitán Hinostrosa porque José Cantrilao era su hijo.



IVERNA CODINA (15 de junio de 1912, Quillota, Chile, - 14 de agosto de 2010 en Buenos Aires, Argentina) exponente del feminismo y del realismo del siglo xx.

Hija de padre chileno y madre española, nació en Chile pero a muy corta edad de mudó con su familia a Mendoza, San Rafael y luego Buenos Aires. Siempre se consideró mendocina.

Se dedicó a la docencia en escuelas de su provincia, y más tarde ejerció como periodista. En la década de 1960 integró una comisión legislativa que se dedicó a la investigación de la aplicación de la Ley de Minas.

Ha viajado por Brasil, Bolivia, Perú, México, Madrid, París, Roma, Londres, Sofía.

Ha participado en congresos y encuentros internacionales de escritores realizados en el Uruguay, Chile, México, Cuba y Bulgaria.

Vivió exiliada durante la última dictadura militar. Residió en La Habana donde integró el equipo de investigadores literarios del Centro de Investigadores Literarios de la Casa de las Américas. Colaboró en la revista *Casa*. En 1981 se trasladó a México donde formó talleres literarios de narrativa y dictó conferencias en centros culturales de la capital y del interior. Colaboró en la revista *Plural*, de México.